

SEGUNDA PARTE 

1. Karima: la vecina del Sur.

23 de octubre. Plaza de Lavapiés. Madrid.

Conocí a su hermana hace dos años en un intercambio juvenil con Marruecos. Nos guió en el recorrido por las callejuelas de Fez. Allí, entre el bullicio de los puestos, los olores y los colores, me fue abriendo las claves para entender la historia, las costumbres y la situación de su país. Al atardecer, antes de volver al albergue, nos sentamos en un café y conversamos acerca de los lazos que unen nuestros pueblos. Ella, que es una gran contadora de cuentos, nos relató la historia de Wallada, pero esa es otra historia.

Hemos quedado a las diez de la mañana en la plaza de Lavapiés. Me traerá una carta de su hermana, "henna", té y un cuento que me ha prometido escribir sobre su país.

Espero junto a la entrada del metro, observando el ir y venir de la gente. En este rincón de Madrid, personas con diversas culturas conviven con los vecinos de toda la vida. Mi abuela se sorprende mucho del cambio: dice que las tiendas, la calle, los cafés, los colegios, restaurantes y hasta las asociaciones, parecen resurgir del sueño en un barrio que vuelve a poblarse con las voces que llegan de todas partes del mundo. Aunque a mí, la verdad, me sorprende menos. En Alemania era habitual encontrarnos con personas de muchas culturas diferentes... en esta zona de Madrid, me siento a gusto.

Una mujer joven me sonrío abiertamente.

- ¿Karima?

Le invito a tomar un café en la Filmoteca Española. Es un lugar muy acogedor.

- Estoy en Ramadán - me contesta -, pero me acompaña con gusto.

- ¿No te importa? - Pregunto extrañada. Se ríe negando con la cabeza -.

- No, de verdad, estoy acostumbrada.

Al subir por la calle Santa Isabel, el gato de mi hermana me saluda desde el balcón de la corrala. Es tarde de primavera.

Karima es muy delgada, tanto que da la impresión de que desaparecerá como un suspiro, de un momento a otro, dentro de su abrigo. Los ojos y el pelo negro. La tez un poco morena. Si no fuera por el acento y la dificultad en encontrar las palabras, pensaría que nació en el Barrio de Lavapiés. Nos situamos en un rincón del café del antiguo Cine Doré. La mesa es de mármol y las sillas de hierro, antiguas. Se sienta en el borde de una de ellas, como si no quisiera que el cuerpo se abandonase del todo, como si tuviera que estar en guardia. Se sorprendió cuando le pedí que me dejara hacerle una entrevista, pero accedió cuando le expliqué mi interés por su proyecto migratorio. Coloco la grabadora encima de la mesa.

- ¿Te importa?, - pregunto. Sé que los primeros minutos van a ser difíciles para ella. Y para mí. Intentando romper el hielo le cuento un poco de mi historia, de mi interés por ordenar mis recuerdos, por conocer, por entender lo que está ocurriendo. Ella asiente con seriedad y promete que intentará ayudarme, aunque quizás su historia no sea representativa. Le aclaro que no quiero hacer un estudio sociológico, tan sólo conocerla, conversar. Sonríe -.

- ¿Sabes qué me gustó cuando me llamaste? Que te interesaras por mí como persona. Demasiadas veces nos clasifican como marroquíes, como si el hecho de pertenecer a un pueblo significara que todos fuéramos iguales, y somos tan diferentes y tan iguales como lo es un ser humano de otro ser humano. Siento que soy marroquí, mi herencia, mis recuerdos, lo que aprendí... se lo debo básicamente a mi familia, a mi religión y a Fez, la ciudad donde nací. Y me enorgullezco de ello. Pero me temo que con demasiada frecuencia las personas me juzgan sin conocerme y esto me entristece, ¿comprendes?



Me invade cierto sentimiento de culpa y le pido disculpas. Echa la cabeza para atrás y se ríe.

- ¡Pero si no tienes la culpa! Tengo muchos amigos y amigas españoles, gente joven como yo, y me gusta este país, en general la gente es muy amable y abierta.

- No llevas mucho tiempo aquí, ¿verdad?

- No, dos años. Una hermana mía trabajaba en una ciudad del Sur. Por mediación suya, me ofrecieron colaborar con una agencia de turismo. Hablo árabe, español, inglés y francés... pero la oferta que me hicieron era demencial y, además, yo no tenía papeles. Así que decidí venir a Madrid y seguir estudiando. En Marruecos estudié Filología Árabe y cuando llegué aquí no tuve problemas para seguir con mis estudios en la EMSI. ¿La conoces? Es la Escuela de Mediadores Interculturales.

- Me impone preguntarte esto, pero... imagino que emigraste por razones económicas. - Karima se ríe, abre muchos los ojos y niega gesticulando con las manos...-

- !Nooooo, noooj - Contesta -. Mi familia no tiene problemas económicos. Tengo mucha suerte. Marruecos es un país política y económicamente muy, muy difícil. La situación es muy complicada porque prácticamente no existe la clase media, ¿entiendes? Mi familia, gracias a Dios, no tiene problemas. Vivo aquí con el dinero que me envían, por eso puedo seguir estudiando y no paso necesidades. Yo soy muy afortunada, no todas las personas están en la misma condición. Mira, cuando terminé la carrera ocurrió algo que me hizo pensar. Yo vivía como en una burbuja, mis padres son muy liberales. Estudiaba, hacia mi vida... Pero al acabar los estudios, ocurrió algo que me hizo despertar del sueño en que había vivido. Me uní a una asociación de personas paradas para reclamar al gobierno la creación de puestos de trabajo. Paralizaron la protesta. Bueno, fue difícil. Son cuestiones políticas. No hay libertad de expresión. Sentía que me ahogaba, ¿entiendes? Entonces comencé a cuestionarme muchas cosas, a mirar a mi alrededor y a buscar mar abierto, me sentía como esos peccecitos de colores que venden en peceras redondas. Necesitaba crecer como persona, y la idea de venir a España fue haciéndose cada vez más fuerte.

- ¿Y el permiso de residencia y de trabajo? ...



Nada más formular la pregunta, me doy cuenta de que éste es un tema difícil de hablar. Estoy leyendo mucho sobre el tema de la legalización y sé que los papeles marcan la vida de las personas que emigran. Y es comprensible: la diferencia entre tener papeles o no tenerlos es tanta como la línea que divide el hacer realidad el derecho a vivir con dignidad, de la angustia de vivir con miedo: miedo a ser expulsados, a ser contratados en situaciones intolerables, a sentirse excluidos.

Karima se pone muy seria, tensa la espalda y comienza a hablar muy bajito.

- Soy una persona en trámite. Me negaron el permiso de Régimen General y el Permiso de Residencia. Ahora, estoy esperando la regularización. Lo que significa que no puedo trabajar, no puedo alquilar sola una vivienda, no puedo afiliarme en un sindicato... es como si estuviera en una sala de espera. Como si alguien te dijera "ahora te quedas aquí quietecita y lo único que te permito hacer es esperar". No tengo permiso de residencia, pero no me considero ilegal, soy una persona en trámite, porque yo he cumplido con todo. Me presenté en la primera oferta y me lo denegaron. Me presenté en la segunda y me lo denegaron de nuevo, y he vuelto a presentarme. Ahora estoy en el segundo recurso y a la espera de la regularización. No puedo trabajar. Estoy estudiando... Pero para mí, ser ilegal es absurdo.

Los estudios que curso no me exigen papeles, pero tampoco me proporcionan un título oficial, de lo contrario, tampoco podría estudiar. Pero escucha, y esto quiero que quede muy claro, yo no me considero una persona ilegal. Ningún ser humano es ilegal. El problema no está en mí, ni en las personas que no tenemos papeles. Me vas a perdonar si te digo algo... Creo que este país no está preparado para recibir a personas que vienen de fuera. No hay una política de inmigración. A veces tengo la sensación de estar en manos del azar. No sabes por qué te deniegan el permiso, no sabes cuándo se abrirá un proceso de regulación, no entiendes qué es lo que ocurre: es desconcertante. En dos ocasiones me ofrecieron trabajar en proyectos que yo consideraba interesantes y no pude acceder a ellos porque sólo podía acceder a ofertas en el sector servicios: en el trabajo doméstico, en la hostelería o en la construcción.

Estoy tan seria que Karima intenta romper el hielo y comenta entre risas:

- Para que yo consiga un permiso, debo presentarme a un oficio que no existe, que no lo pueda desempeñar ningún desempleado, español, comunitario o no comunitario. ¡Ya lo tengo: bailarina del vientre! - Reímos las dos -.



- Todo esto es complicado Karima. El índice de desempleo en España es muy alto y tú sabes que, hasta hace pocos años, éramos los españoles los que buscábamos trabajo en Europa y en Latinoamérica. La situación ha cambiado y hay puestos de trabajo que quedan vacantes. Algunos estudios plantean que los flujos migratorios se dirigen a determinados países, como España, porque éstos reclaman trabajadores para determinados sectores. Fíjate lo que ocurre con la agricultura o con la construcción... Además, las mujeres españolas nos hemos incorporado al mercado de trabajo, la población es una de las más envejecidas de Europa y necesitamos ayuda para cuidar a los padres.

- Yo lo entiendo; pero entiende tú también, que yo quiero trabajar en lo que me he formado. He estudiado, hablo cuatro idiomas, estoy preparada y creo que puedo aportar mucho a las personas de este país. ¿Tengo que limitarme a desempeñar el trabajo que me adjudique el Ministerio del Interior? Todos los trabajos son necesarios, todos son importantes, pero también es importante poder elegir. Que sea la ley la que te limite... es muy duro, ¿entiendes? Yo puedo volver a Marruecos, mi familia se pondría muy contenta y no tendría problemas, pero no quiero. Y además para una mujer, allí, es muy difícil...

- Ahora que hablas de la mujer, me gustaría preguntarte qué opinas de Fátima Mernissi, Safaa Fafthi, Farida Benlyazid, Moufida Tlatli... cineastas, escritoras, que están introduciendo un nuevo discurso sobre la mujer árabe. En España no son muy conocidas aún, pero, en Alemania, tuve la oportunidad de leer cosas suyas.

- Todo ha cambiado mucho en los últimos veinticinco años, aunque aún queda mucho por hacer. Pero yo creo que en nuestros países cada vez somos más las mujeres, sobre todo las mujeres jóvenes, las que aspiramos a la igualdad... y a la libertad.

- Karima, no hace tanto tiempo que en Europa las mujeres tenemos los mismos derechos que los hombres. Mi madre no pudo estudiar y tenía que pedir permiso prácticamente para todo a mi padre. Y en España, no es hasta mil novecientos setenta y cinco cuando se hace obligatoria la escuela mixta. Cuando íbamos los chicos y las chicas juntos al colegio en Alemania, mi madre se sorprendía mucho, porque ella recordaba que en España eso hubiera sido impensable, en sus tiempos... Y fíjate, que tan sólo han pasado setenta años desde que las mujeres podemos votar. Aún hoy, sigue habiendo muchos problemas sin resolver: violencia contra las mujeres, discriminación en el trabajo, en la participación política... todavía tenemos muchos obstáculos por vencer, pero nos ampara la Ley. La Constitución vela porque hombres y mujeres tengamos los mismos derechos, mientras que en el mundo árabe la vida de las mujeres y los



hombres se rigen de forma distinta por la Mudawana, la Ley de Familia... No sé Karima, me parece muy difícil que sea posible llegar a la igualdad desde un marco religioso como es el Islam...

Karima suspira, imagino que ha tenido que contestar miles de veces a esta pregunta. Con gesto de paciencia, comienza a hablarme despacio.

- Mira Ana, ¿has leído a Mernissi, verdad? Pues ella lo explica muy bien. El profeta fue un revolucionario que en su época defendió y dio derechos a las mujeres que éstas no tenían. ¿Tú sabías que la mujer del profeta era comerciante? Él trabajaba para ella. El profeta, en muchos casos, pedía consejo a Fátima. El problema es que las palabras del profeta han sido interpretadas de forma errónea. Hay que leer de nuevo el Corán, hay que leerlo con mirada de mujer. ¿Cómo te lo explico? El Islam es la claridad, la paz. Las reglas del Islam son muy sencillas, están pensadas para proporcionar tranquilidad interior y equilibrio en el exterior, pero la tradición, las normas de los hombres, lo complicaron todo. Es como si el tiempo no hubiera pasado, interpretan y aplican las enseñanzas olvidando que fue escrito en una época concreta ¿entiendes? El mundo árabe y su tradición es algo muy distinto al Islam.

- Pero Karima, tú eres musulmana y, sin embargo, eres una mujer libre, independiente, vistes de forma occidental, viajas sola, vas abriendo tu camino sola y eres la responsable de tu vida...

- Yo fui educada de una forma muy abierta. Mi madre fue una mujer muy valiente, muy moderna para Marruecos. Cuando era joven, llevaba minifalda, se casó con el hombre que amaba, en una época en que había que aceptar el marido que te designaba la familia, y fue a la ceremonia vestida de blanco. Mis padres me enseñaron a decir lo que pienso y defender lo que creo, discuto abiertamente con ellos y con mis hermanos, esto no es habitual en una familia marroquí. Desde muy pequeñas nos educan para ocuparnos de la familia; a los chicos, aunque sean más pequeños, les dicen "tú eres el hombre de la casa" y ellos saben que deben ser respetados. Pero yo creo que esto no es justo. Soy musulmana, respeto mi religión, pero creo que las mujeres debemos ser libres. ¡Ah! Esto no lo conseguiremos en un día o en dos, hay que ser pacientes, ir cambiando las mentalidades, las costumbres, las leyes como la Mudawana... Pero hay que hacerlo desde el marco del Islam.

- Estás haciendo una revolución... - Sonríe -.

- Fue mi madre quien hizo la revolución, yo sólo me he limitado a seguir sus pasos. Ahora las mujeres vamos a la Universidad, queremos trabajar,

ocupar puestos políticos... pero todavía falta mucho. Nuestras costumbres sitúan a la mujer en el margen, en lo privado, y cuando una mujer dice que no, entonces se convierte en la oveja negra. Por ejemplo, si vas por la calle con ropa occidental, la gente te grita "mujer, tápate"; o si quieres ascender en tu trabajo, aunque seas muy buena, difícilmente lo consigues, sólo por ser mujer; y si tienes novio, lo normal es que se enfade si llevas vaqueros o si te pintas, y esto no es lo peor: según nuestra Ley, la mujer puede estar divorciada sin que ella esté de acuerdo, o sin enterarse siquiera. Un día puede llegar una carta que te diga que tu marido ha decidido dejarte y, eso, sin consultarte. Esto me parece horrible. También dice la Ley que los hombres pueden tener más de una esposa, pero el Corán sólo lo permite si concurren una serie de circunstancias. Hay normas que tienen que ser cambiadas.

- ¿Hay mucha diferencia entre las mujeres occidentales y musulmanas, según tú?

- Creo que una mujer lo es en cualquier parte del mundo, pero las mujeres occidentales son muy abiertas. En mi sociedad, una mujer debe ser tímida, debe estar en casa antes que el hombre. Una mujer no puede llegar a las doce de la noche diciendo que estaba con sus amigas, debe pedir permiso antes de salir por la hora en la que va a regresar. Yo, aquí, noto que la mujer ha conseguido la libertad básica que nosotras, aún, no tenemos.

- Pero Karima, según el Islam no puedes casarte con un hombre que no tenga las mismas creencias que tú, y por lo que me cuentas será difícil...



“ Mi abuela nació en Egipto y se fue a vivir con mi abuelo a Marruecos, donde tuvieron siete hijos. Sin embargo, hasta su muerte, la llaman siempre la Egipcia, porque a los pueblos les cuesta mucho olvidar que un día viniste de fuera. ”

Yazmin

Karima sonríe y exclama:

- ¡Tendré que quedarme soltera! ¡No encontraré quien me quiera! - Se ríe abiertamente -. No, ahora en serio, es importante educar a los chicos y las chicas en igualdad. Además, creo que las chicas que van al colegio en España, están viviendo otra realidad muy distinta a la de los países árabes. Ellas están aprendiendo el papel de la mujer en la democracia. Por eso, cuando hay un conflicto porque los padres no las dejan seguir estudiando o se han enamorado de un chico, hay que apoyarlas, hablar con su familia y hacerle comprender que las cosas evolucionan.

- ¿Y el velo?

- ¿Qué pasa con el velo?

- ¿Crees que se debe prohibir el velo en los colegios? ¿No crees que llevarlo es una forma de discriminar a las niñas, de hacerlas diferentes al resto de sus compañeras?

- ¿Cómo vas a prohibir el velo? ¡Sería una crueldad! ¿Por qué os preocupa tanto que nos tapemos el cabello?

- ¡Tú no lo llevas Karima! - Karima apoya los codos encima de la mesa y me mira fijamente. Detrás de la imagen frágil que ofrece en un primer momento, se esconde una mujer con una clara determinación -.

- El velo es el traje oficial del Islam, Ana, y yo lo respeto muchísimo. Cuando salgo a la calle a hacer algún recado o a casa de una amiga, cuando voy a la Mezquita o alguna celebración, me pongo la chilaba y el pañuelo. Y tengo muchas amigas que van con el velo y la chilaba. Lo verdaderamente importante, es que sea la mujer quien lo decida, que no se le imponga. Si quiero expresar el respeto a mi religión, ¿por qué he de dejar de hacerlo? Por cierto, ¡tú estarías muy guapa con chilaba! El que yo tape mi cuerpo, no quiere decir que tape mi mente. ¿Crees que soy más revolucionaria y más moderna porque no llevo velo? No es cierto. ¿Contratarías antes a una mujer sin velo que a una mujer con velo? ¿Por qué? ¿Es que el velo le impide ser una buena profesional?. ¿Sabes? Creo que en la sociedad occidental está todo visto. El cuerpo de la mujer no llama la atención ¡Si es que a veces los vestidos no tienen ni cuarto de metro! Nosotros tenemos otra forma de entender el cuerpo... y creo que la respeto. Me gustaría que la respetasen también y que no pensaran que por el hecho de llevar velo, yo no soy libre.



Hace mucho tiempo que el café se quedó helado encima de la mesa, no he podido probarlo porque me da vergüenza que Karima no pueda comer ni beber. Karima pregunta: "¿no te bebes el café?" Se levanta y, acercándose a la barra, le pide al camarero que nos traiga otro café y un trozo de pastel.

- No sé..., - le digo vacilante -.

- No seas tonta y cambia la cinta, que se está acabando,- me dice sonriendo -.

Sumerjo la cucharilla en la tarta.

-¿Y el Ramadán?

- El mes del Ramadán es el más querido para mi alma, lo quiero muchísimo. La gente es más humana, existe un halo de espiritualidad en todas partes, es como si el país estuviera conectado. Hay más felicidad en la casa de los pobres, hacemos visitas a la familia, no hay violencia... ¡Ojalá el Ramadán durara dos o tres meses! Aquí es diferente.

Instintivamente aparto el plato de tarta a un lado de la mesa, ella sonríe y lo vuelve a colocar delante de mí.

- No es porque tenga problemas para practicar el ayuno, eso no es un problema, además, todos mis amigos me respetan. Es que me siento como una gota de arena en un océano. Echo de menos a mi familia, el olor de las comidas, las celebraciones, el bullicio al caer la tarde, cuando se rompe el ayuno y nos reunimos para comer... ¿Sabes?. La religión me da tranquilidad, creo que es una religión justa, por lo menos para mí...

- Entonces, ¿crees que las religiones nos alejan?

- Noooo, los principios de todas las religiones son básicamente los mismos. No sé cuál sería la primera, pero creo que todas intentan enseñarnos a vivir de acuerdo con unas reglas básicas.

- ¿Y el choque cultural?

- ¿Dónde está el choque? No hay choque cultural, hay problemas de convivencia. No siempre la cultura tiene que ver con el comportamiento de una persona. Si me emborracho, ¿es cultura? Si soy amable con los vecinos, ¿eso es



cultura? Entonces todos los españoles os comportaríais de la misma forma y no es así. Si un español roba, nadie piensa que todos los españoles son ladrones, ¿por qué cuando lo hace una persona inmigrante se sacan conclusiones falsas? Me preocupa que se nos vea como grupos homogéneos. Tú eres española y no hay nadie que sea exactamente como tú, ¿verdad? ¿Por qué entonces se dice que los marroquíes son todos de una determinada forma? Normalmente se dice que son ladrones y que sirven para la construcción; que los latinoamericanos son vagos, y que trabajan en la agricultura y en el servicio doméstico; que los chinos son obedientes y que trabajan en los restaurantes. Son estereotipos. A lo mejor se presentan aquí diez marroquíes y lo único que tengo que ver con ellos es que tenemos una nacionalidad, que pertenecemos a un país. Puede que cada uno de ellos tenga una manera distinta de vestir, de sentir, de pensar... No podemos utilizar la cultura, como si pudiera explicarlo todo. Es cierto que, las personas que habitamos un país, compartimos valores comunes. Vosotros, los españoles, tenéis un marco de convivencia que se basa en la libertad, la justicia y el respeto. Las personas que llegamos de fuera tenemos que intentar comprender y sumarnos a estos valores: ¡compartirlos! Yo soy de otra cultura, soy musulmana, pero el hecho de tener otra religión no me impide creer en estos valores y desearlos para mi país.

- Estoy de acuerdo Karima. Cuando estábamos en Alemania me enfadaba cuando daban por supuesto que a todos los españoles nos gustan los toros o que sabemos bailar sevillanas. Mi madre era una patosa y ni la sevillana ni la jota. En cuanto a mi padre, pues no le gustaban ni los toros, ni el fútbol. Creo que hay que luchar contra la tendencia a pensar que todas las personas de una cultura son exactamente iguales. Emitir juicios sobre las personas por su origen, religión o cultura, sin haberlas conocido, es una forma cruel de discriminarlas.

- Ana, no quiero que pienses que me siento discriminada por las personas españolas. ¡Estoy discriminada por las leyes españolas! Es verdad que, a veces, me ocurren hechos desagradables, pero entonces creo que es por ignorancia... La ignorancia es atrevida. Un día iba en el metro y una mujer me preguntó cuántas paradas faltaban para llegar a una estación. Al notar mi acento, me dijo "Tú no eres de aquí, ¿verdad? Y cuando le contesté que había nacido en Marruecos, me miró toda sorprendida y dijo: "¡pero si no eres morena de piel! ¡Cómo! ¿Que eres marroquí?" Ves, la pobre mujer no sabía que en Marruecos, existen muchos tonos de piel, lo mismo que aquí hay personas de ojos claros y otras de ojos negros, ¿no?

- Karima, pero aunque tú no te sientas discriminada, sabes que los resultados de las encuestas que se hacen sobre la actitud de los españoles ante los extranjeros son decepcionantes...



- Quizás sea porque España no terminaba de salir de la emigración cuando entró en la inmigración y se encontró con un colectivo muy importante de extranjeros, especialmente de marroquíes. Ha sido un cambio muy brusco, de repente entramos muchos... asustamos. Las personas tienen una idea muy equivocada de la inmigración, y entiendo que tengan miedo. Si en mi casa aparece, de repente, mucha gente, también sentiría inquietud. Piensan que vamos a robar un puesto de trabajo, que tenemos costumbres muy diferentes, que queremos imponer nuestra forma de pensar. Y nada de esto es cierto. Para romper el miedo hay que encontrarse y conversar.

Karima se queda en silencio unos instantes, como buscando las palabras que expresen mejor lo que quiere decir, y continúa:

- Ana, nosotros los musulmanes somos gente muy abierta, muy hospitalaria. Cuando vivía en Marruecos no me daba cuenta de lo tolerantes que somos. En mi ciudad, Harache, hay una iglesia que todos respetamos y a la que nunca se nos ocurriría dañar. Si alguien viene a mi casa y bebe alcohol, yo compro lo que creo que le agrada. Si comes cerdo, yo no me escandalizo. No juzgo a las personas por sus costumbres, por su cultura o por su religión, ¿me comprendes? No entiendo por qué me pueden juzgar antes de conocerme. Me gustaría que cada persona que llegara a este país no tuviera la desdicha de sentirse inferior. A veces las miradas te dicen: "tú eres diferente, eres inmigrante", y entonces pienso: "sí, tienes razón, pero además de ser inmigrante, soy muchas más cosas, soy mujer, licenciada en Filología, soy joven, musulmana, me gusta leer... No puedes definirme sólo por ser emigrante porque si lo haces, me estás limitando". Algún día yo podré ser ciudadana en esta sociedad, trabajar, votar, hacer oír mi voz...

- Entiendo perfectamente lo que dices Karima, mi familia emigró y puedo comprender lo que sientes. A veces, me siento responsable de lo que ocurre con las personas que venís a nuestro país. ¿Qué les dirías a los jóvenes españoles?

- No quiero que te lleves una impresión equivocada. Tengo amigos españoles que me cuidan, que se preocupan porque conozca gente. En general, la gente aquí es muy amable e intenta ayudarme. Antes, al venir, he preguntado el camino a una mujer y me ha acompañado conversando hasta la plaza. El problema es cuando se deja correr la imaginación y las personas juzgamos sin conocer. Entonces, es cuando sientes el rechazo, e inconscientemente te proteges y creas la distancia con el otro. Yo creo que tenemos que hacer mucho por conocernos, por conversar, por construir valores comunes y compartir nuestras experiencias..., como lo hacemos tú y yo ahora. A los jóvenes españoles les diría



"¡dialoga conmigo para que podamos caminar juntos...!" Creo que los jóvenes somos la llave del futuro, tenemos que hacer un esfuerzo por encontrarnos, por crear alianzas y construir una sociedad en la que todos podamos participar.

- ¿Quién tiene que hacer el esfuerzo para favorecer la integración?

- Odio la palabra integración, es como si tuviera que rechazar algo que soy. Prefiero la palabra incorporación. Este es un proceso muy lento, no es de un día, ni un mes, ni un año. El esfuerzo, lo tenemos que realizar en las dos direcciones: la sociedad de acogida y las personas que llegamos. Ser parte de la sociedad, para unos es un proceso muy rápido, otros tardan toda la vida. He visto casos de personas que, aunque viven desde hace años en España, siguen siendo inmigrantes. Es un esfuerzo personal tuyo y de los demás. Para mí fue fácil, desde el primer momento me sentí a gusto en las calles, con la comida, encontré amigos... participo en una asociación. Puede ser por lo que he vivido, por los que me han ayudado o tal vez porque me gusta mucho este país. Pero de verdad que hay gente que no se entera de que está viviendo aquí; ni siquiera teniendo el DNI son españoles. Su cabeza está en el país de origen y aunque hayan pasado años siguen comportándose y pensando como si estuvieran allí. Por eso creo que el esfuerzo tiene que venir de las dos partes. Lo triste es cuando te esfuerzas por participar en la sociedad y la Ley no te da la oportunidad de ser uno más. Yo no tengo papeles, no puedo.

Karima esconde la cara entre las manos, extendiendo la mía y aprieto su brazo... Karima - le digo -.

- Perdona Ana, es que no te puedes imaginar lo terrible que es no saber si te concederán el permiso, son muchas noches sin dormir, las colas, la confusión. Te sientes como si no le importaras a nadie y nadie te explica qué es lo que ocurre, tardan meses en resolver tu expediente... Es muy duro, este país no está preparado para acoger a inmigrantes.

Despeja el aire con las manos y me pide que cambiemos el rumbo de la conversación. Rebusco en mi cabeza una pregunta que pueda ser positiva:

- ¿Qué crees que aporta la inmigración a este país?

- Ayudamos al bienestar, a la economía pero, además, la presencia de inmigrantes hace que todos y todas nos abramos al mundo. La convivencia con personas de diferentes culturas te ayuda a romper las fronteras de la razón y del alma. Convivir con una persona que ha venido desde tan lejos, te hace sentirte más cerca de los seres humanos. Tener unos vecinos maravillosos que te cuen-



tan historias del otro lado del mundo es como viajar con ellos a lugares desconocidos llenos de olores, de colores y de sabores... La cultura es un océano y si tienes la oportunidad de sumergirte en él, navegarás con rumbo a lugares desconocidos del mundo.

- ¿Y qué te ha aportado el viaje de inmigración a ti?

- El ser como soy. Es como salir de un agujero para entrar en el mundo. Desconocía cómo vivía; aquí he aprendido muchas cosas que antes no sabía, por ejemplo, el tema del Sáhara. Estar aquí es ver tu entorno desde la distancia y con otras herramientas que no son las que te han dado, las que has tenido de pequeña. Creía que atacaban a nuestro país. ¡He crecido tanto! ¡No puedes imaginarte!

Es tarde, apenas hemos sentido que han pasado cuatro horas desde que iniciamos la conversación. En la cafetería comienzan a montar las mesas para la comida, y el chico de la barra nos mira con gesto de que debemos ir levantándonos. No sé muy bien cómo corresponder a la generosidad de Karima, que me ha regalado no sólo su experiencia y sus pensamientos, sino que ha hecho el esfuerzo de traducirme sus vivencias, miedos e ilusiones. Me llevo muchas respuestas pero también más preguntas, más dudas, más sentimientos encontrados... Es una mujer realmente sorprendente: detrás de la calidez de su mirada, de los gestos tímidos, está vibrando la vitalidad de una persona que busca un lugar en el mundo.

Karima me mira divertida y me dice:

- Cuando me preguntan de dónde soy, contesto: "Soy la vecina del Sur". Entonces preguntan: "¿De Andalucía?" "No, no, de un país muy cercano al tuyo". "¿De Portugal?" "No, no, - les contesto -, del Sur, del otro lado del estrecho... soy tu vecina del Sur".



2. El señor Wong, la señora Wong y el joven Hu.

Para el señor Wong, una conversación requiere tiempo y tranquilidad. Un tiempo que transcurre sin interrupciones en el rincón de su restaurante, en el centro de Madrid. El té de loto, servido en los pequeños recipientes bajo la tenue luz de las lamparillas, calienta nuestras manos en esta noche desapacible.

En un principio y tras una cálida acogida, nos observa con curiosidad, mientras deja que los silencios se adueñen del ambiente. No parece tener prisa y, a pesar de nuestros tímidos intentos, la conversación no termina de arrancar. Y es que, en esta ocasión, ni Sandra - que me está echando una mano - ni yo, sabemos muy bien por dónde empezar.

Hay cierto misterio en torno a la comunidad China. Las referencias que tenemos sobre sus costumbres, relaciones y valores son muy escasas. Lo cierto es que constituyen un grupo muy aislado. Tal vez la causa sea que, cuando las personas vienen de China, encuentran rápidamente apoyo entre familiares y amigos, y se integran en una red social que no suele mantener muchos contactos con la sociedad receptora. Otras razones importantes, son el desconocimiento del idioma y las dificultades para encontrar trabajo cuando no conocen a nadie que pueda introducirles en el mercado laboral. En la mayoría de los casos, son contratados dentro del circuito que sustentan en la red de hostelería, comercio o talleres.



Normalmente, las personas que emprenden viaje lo hacen con un contacto previo, y contraen una deuda que se comprometen a pagar en el transcurso de los primeros años de estancia en nuestro país. Éste no fue el caso del señor Wong. Llegó hace más de cuarenta años, desde un pueblo cercano a Shangai. Por aquellos tiempos, la presencia de personas procedentes de China era excepcional y él no se sintió diferente en una sociedad cuya idea del extranjero oriental era un tanto exótica.

Vino en los años cincuenta con una beca de estudios en Ciencias Económicas, que el Gobierno le concedió gracias a que Franco tenía una buena relación con un dirigente de su país. En principio, pensaba retornar una vez hubiera finalizado sus estudios, pero el destino decidió que terminara estableciéndose, llamara a la que poco después fue su mujer para formar una familia y olvidara la idea del regreso. Dice que nunca se ha sentido extranjero, quizás por su carácter emprendedor o porque, como afirma, "España es un país de mezcla que hace que no te sientas así. No es como en Inglaterra o en Alemania. Allá te sientes antes chino que alemán, o más chino que inglés. En España no me siento diferente... y te diré que, hace cuarenta años, añoraba mi país pero, sin embargo ahora, me siento español". A pesar de ello, reconoce que la situación ha cambiado mucho, desde entonces. "La comunidad china ha crecido mucho. Al principio había, sobre todo, personas chinas de Taiwán. Luego, hace ya veinte años, vinieron de la parte continental. Cada día hay más y más. Se calcula que hay unos cuarenta mil chinos en España. Sólo los de Taiwán llegan casi a cinco mil personas. Muchos, nos reunimos en asociaciones. Tengo apuntadas unas cuarenta y tantas de distintos sectores, en toda España. La que fundé yo en 1978 es la Asociación de Restaurantes Chinos en España. En ellas, damos clases a los que llegan, para que aprendan español, al menos las primeras palabras indispensables. Y en Madrid, hay dos colegios que enseñan chino a los hijos de españoles chinos, para que no se pierda el idioma, porque luego no se entienden con los padres y se olvidan de su origen".

Le explico al señor Wong que entiendo que las personas que vienen de Latinoamérica o de los países más próximos a España nos prefieran como país de destino, pero me resulta difícil comprender por qué eligen nuestro país aquellos que vienen de un lugar tan lejano y tan distinto como es China. El señor Wong sonrío, despreocupado. "Es por el tema del visado y por la red, - afirma -. Es importante tener conocidos aquí, también se elige España por la facilidad con la que pueden entrar en el país... Cuando una persona viene de allí es porque ya tiene familiares aquí, que le han invitado a venir. Normalmente, como no conoce a nadie más, trabaja en un restaurante, en una tienda o en un taller de confecciones en el que trabaja su familia. Luego, poco a poco, se va situando, porque es muy difícil salirte del circuito si no tienes contactos. Mira, yo soy



economista y si no tengo contactos, no tengo clientes y si no tengo clientes ¿cómo voy a hacer el trabajo?"

El señor Wong ha vivido mucho. Ha visto nacer a sus cuatro hijos y sus cinco nietos. Todos son matrimonios mixtos y sin ningún problema de integración. "Nacieron aquí" - dice, mientras nos sirve nuevamente té -. Todos fueron educados en colegios españoles para ir después a la Universidad. El señor Wong se queda pensativo y continúa diciendo: "No hablan nuestra lengua, ni practican el budismo. Su madre lo intentó durante muchos años. Les hablaba para que no perdieran el idioma y les explicaba nuestras costumbres pero, poco a poco, fueron ganando las costumbres de los grupos de amigos. Son valores que no puedes imponer. Nosotros somos dos abuelos con muchos recuerdos del pasado y ellos ya son parte del futuro, de otra forma de vida. En cierto sentido, me alegro, porque les va muy bien: no tienen problema de trabajo, hablan dos idiomas y tienen familia. Los nietos quieren a su abuela, una gran contadora de cuentos, pero no creo que viajen a China nunca. Todo esto queda muy lejos. Para nosotros es necesario conservar la tradición dentro de la familia. Decimos que uno tiene que mirar por uno mismo; una vez que te cuidas a ti mismo tienes que cuidar a tu familia; una vez que cuidas a la familia debes cuidar a tu pueblo; después del pueblo cuidas al país y después del país, cuidas al mundo. Lo primero es alegrarse uno mismo, si uno no se alegra... Pero, como te decía, ellos son parte de otro mundo. Me da un poco de pena, pero así es la vida... Cuando las personas se casan, deben tener la misma mentalidad. Si una española se casa con un chino, al principio se atraerán por las diferencias, por la variedad, pero llega un momento, cuando te haces mayor, en el que es difícil convivir. Por eso, es necesario tener las mismas ideas, o compartir los mismos valores".

Lo afirma con cierta tristeza, mientras sigue comentando: "En China la religión es libre. Hay budismo y confucianismo. El confucianismo no es una religión, es una ética de vida. La religión mayoritaria es la budista pero también hay católicos y protestantes".

- ¿Comparten usted y la señora Wong la misma religión, señor Wong?, - pregunta -.

- No, yo soy católico y mi mujer es budista, pero no tenemos problemas. Ella reza y realiza sus ritos en casa y en el templo. Por cierto, no tardará en volver, - nos dice -, está en el pequeño templo budista en el que hace sus oraciones por una amiga que las dejó, hace ahora un mes. Además están organizando una fiesta a la que, sin duda, estarán ustedes invitadas, - añade -.



Como si le estuviera escuchando, la señora Wong aparece por la puerta. Su marido se levanta, le ayuda a quitarse el abrigo y le trae un té con limón, para que entre en calor. Lleva el pelo recogido. El vestido de corte occidental con detalles orientales, la hacen muy elegante. Al sentarse, sonríe y la dulzura de sus palabras crea un espacio de intimidad entre las personas que estamos sentadas alrededor de la mesa. Ella habla español con dificultad y cuando no encuentra las palabras, se vuelve con suavidad, buscando la atención de su marido. Antes de comenzar a conversar, él le explica en su idioma que estamos haciendo un libro para jóvenes españoles. Ella asiente y sonríe. Mira hacia la grabadora y aprieta el botón con decisión.

Son muchos años juntos, desde que él le propuso viajar a España y formar una familia, y la vuelta es cada vez más remota. A pesar de la distancia, el señor Wong y la señora Wong conservan muchas de sus tradiciones, sobre todo las familiares. Para ellos, es importante que en las fechas trascendentales se encuentren todos reunidos. A pesar de su empeño y del cuidado con el que preparan cada una de las celebraciones, sienten que sus hijos están muy lejos ya de la memoria de ese otro, que fue su país.

Cuando la señora Wong decidió reunirse con él, estudió las costumbres y las creencias religiosas españolas, para poder comprender y sentirse como una más en la comunidad. "Pero,- intenta aclarar con su vacilante español -, resulta que no encontré muchas diferencias entre los mensajes de las distintas religiones. Tal vez en la forma de practicarlas, porque el budismo se vive desde el interior. Y al referirse al interior, habla de ella y de su hogar. Aunque si ha de ser sincera, la práctica budista le ofrece la posibilidad de vivir más vidas y, teniendo en cuenta que todo pasa muy rápido, es mejor conservar su religión y así tener la oportunidad de vivir muchas vidas y de terminar todo lo que queda aún por realizar, pero sin renunciar a adoptar la parte positiva del cristianismo. En el mundo de la señora Wong, el equilibrio entre Oriente y Occidente se construye sobre su continua y particular reflexión interior.

Suele participar en las reuniones del templo, donde coincide con las personas que conoce. "Es un templo muy activo, un centro de encuentros y fiestas, pero en el que también realizamos acciones de apoyo", - afirma -. "Hay que tener en cuenta que, por tradición, la comunidad china es muy solidaria. Nuestros grupos son un referente importante, sobre todo para las personas recién llegadas, - añade -. Aún queda mucho por hacer en este mundo nuestro, pero con paciencia y confiando..."

Y en ese instante, como si hubiera leído nuestro pensamiento, comenzó a narrar el cuento del viejo tonto....

El viejo tonto que trasladó la montaña. Cuento chino.

Las montañas Taijyang y Wangu forman un macizo de casi dos mil metros de altura. En su vertiente norte vivía un campesino de casi 90 años, conocido como el viejo tonto. Su casa se encontraba frente a la montaña y cuando salía a otro lugar se veía obligado a dar grandes vueltas. Un día se reunió con su familia y dijo:

- Estas montañas nos cortan el camino, entonces todos juntos trataremos de sacarla del camino, de este modo haremos un camino mas recto.

Todos aprobaron, solamente la mujer expresó dudas

*- ¿Dónde meterán tantas piedras?
- Las echaremos al mar, - le respondieron -.*

Al día siguiente el viejo tonto con sus hijos y sus nietos, con balancines y canastos, comenzaron a trabajar duro. Una viuda de la vecindad tenía un niño de siete u ocho años y él también fue a trabajar.

A orillas del río Amarillo vivía un viejo con fama de inteligente a quien llamaban Viejo Sabio y que se reía de los esfuerzos del viejo tonto.

Un día le dijo

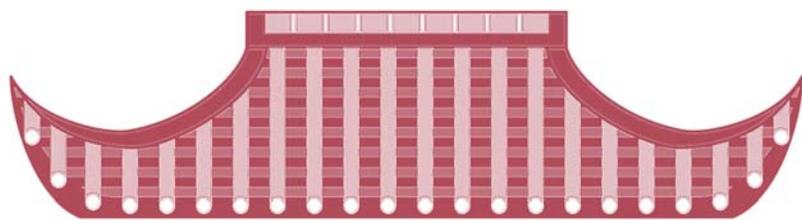
- Viejo como eres, apenas tienes fuerza para arrancar la hierba.

El viejo tonto detuvo su trabajo y dijo:

- Es cierto que yo soy viejo, pero después de mi muerte, quedarán mis hijos y mis nietos, quienes a su vez tendrán hijos y nietos. Durante ese tiempo la montaña no crecerá, entonces, ¿por qué no vamos a terminar nuestro trabajo?.

El viejo sabio no pudo contestar al viejo tonto.

H.U.



愚公移山

太行山和王屋山形成了一座高达20千米的屏障。在它的北坡住着一位年近90岁的老人，人们称他为“愚公”。他的家正面对着这座山。当他想去山的另一头，当然必须绕一个大圈。

有一天，他将全家聚在一起，说：“这座山妨碍了我们的路，既然如此我们就一起将它挪开。这样我们就有一条直达的大路。”

所有的人都同意愚公的建议，只有他的妻子提出了一个问题：“那么多石头放到哪里？”“搬到海里”他们的答腔。

接下来的日子，愚公和他的儿子们，孙子们用扁担和箩筐开始了这项艰巨的工作。住在他们隔壁的邻居有一个七、八岁的孩子，他也加入了他们的工作中。

在黄河流域，住着一位以智慧著称的老人，人们称他为“智者”。他嘲笑愚公的行径。

一天他对愚公说：“你老得没有力气来除障。”

愚公停下工作说：“的确我老了，但在我死后，还有我的儿子，孙子来继续着这项工作，他们也会有儿子和孙子，世代代地如此延续下去。而在这期间，山不会在长，那么，为什么我们不会完成这项工作呢？”

智者无言以对……



“El mundo es un conjunto de costumbres que van cambiando... como la vida.”

Chunhui Cun



Todas son historias interesantes: la del joven Hu es una pequeña historia de un gran viaje.

“ Me sorprendiste cuando entraste en el local de nuestra asociación, con la grabadora en la mano, empapada de lluvia y con esa cara de desconcierto, ante toda la gente que te miraba. Tienes que entender que todavía no hablo bien tu idioma y por la forma en la que me educaron, me cuesta hablar de mí. Por eso, porque me cuesta tanto, te pediré que no me interrumpas. Y para sentirme más cómodo, he querido que habláramos aquí, en mi casa, porque escuchando a mis padres en el salón hablar en mi lengua, es como si nunca hubiéramos partido. Como si yo no fuera un extraño en otro país.

Llegué en el año 1995. Atravesar la Muralla China es asomarse al mundo desconocido y extraño de Occidente. Durante siglos, la Gran Muralla ha representado, para nosotros, la protección ante el exterior. No sólo es un espacio físico, también es algo que te protege en tu vida interior. Por eso, partir hacia Europa era, para mí, dar un paso enorme. A ti te costará entenderlo, pero es así. Siento que hay que tener una gran fuerza y una gran convicción para atravesar la muralla pero, una vez que te has decidido, ninguna frontera es lo suficientemente fuerte para detenerte.

Pasó un tiempo hasta que mis padres pagaron la deuda del viaje y pudieron abrir la tienda de todo a cien, y viajamos para reunirnos con ellos. El primer problema que te encuentras, al llegar, es el idioma ¡No puedes imaginarte lo difícil que es estudiar español! Yo aprendí las primeras palabras en una asociación africana en la que se impartían clases de alfabetización para inmigrantes, pero el profesorado no era de origen chino. ¡Imagínate lo solo que puedes sentirte al no poder comunicarte! Existen asociaciones chinas, lo sé, pero no hay bastantes profesores y esto es un obstáculo muy grande... Mira, mi madre, por ejemplo, a pesar de llevar diez años aquí, sigue teniendo muchas dificultades con el idioma. En la tienda se expresa con gestos y cuando hay problemas, la ayudamos mis hermanos y yo. Y fuera de la tienda, se relaciona con familias chinas también. En cuanto a las noticias, se informa por los periódicos en chino que se reparten en los comercios.

Todo eso no facilita la integración. Venimos y trabajamos allí donde podemos establecernos. Las redes chinas de ayuda funcionan y trabajamos mucho. Una vez, escuché en una conferencia que los inmigrantes vienen a trabajar duro, y ésta es la realidad. Trabajamos y trabajamos, todas las horas que sean necesarias y no gastamos prácticamente nada. Aquel profesor decía que los inmigrantes suponían un gasto mínimo para el Estado español y creo que es



cierto. Lo que quiero decir, es que es problemático salir del circuito e integrarse en el mercado laboral. Los hijos trabajamos ayudando a los padres, pero esto no es China y llega un momento en que tienes tus propios sueños y los quieres realizar; y para lograrlo, creo que la mejor salida es la educación. Con educación, podemos aspirar a diseñar nuestro futuro de otra forma. Para los padres, es difícil de entender, porque dan una gran importancia a la familia y a la tradición; me educaron de una forma muy estricta, respetando nuestras creencias. Mi familia, de orientación budista, me enseñó a vivir el mundo interior con mucha intensidad.

A veces pienso que nos construimos una barrera parecida a la Muralla China, que nos aísla del exterior. Tal vez, por eso, te ha sido tan complicado hablar con personas de mi país. Por ejemplo, a mí, no sabes lo que me cuesta expresarme, incluso cuando necesito ayuda. Es como si estuvieras en tu propio mundo dentro del mundo. Pero al inmigrar, al llegar a otro país, tienes que hacer un esfuerzo por salir de ti mismo y encontrarte con los demás. Sobre todo, nosotros, los hijos de los que llegaron, debemos encontrar un camino para sentirnos parte de esta sociedad. Conozco a amigos que han retornado y se sienten mal, porque las cosas allí ya no son como las dejaron y las cosas aquí no son como las imaginaron. Ya no pertenecen a ningún lugar. Nuestros padres volverán cuando se hagan muy mayores. Es la tradición: volverán al lugar en el que nacieron. Pero nosotros, los jóvenes, volveremos cada vez menos. Echaremos raíces aquí y necesariamente tendremos que aprender a cohabitar con todo el mundo. Para que la barrera se abra, pienso que es necesario crear espacios de convivencia que ayuden a eliminar el miedo. Incluso el conflicto es mejor que la ignorancia: sí hay diferencias, sí surgen conflictos pero podemos hablar de ello y discutir, encontraremos una solución. Y, sobre todo, ¡existiremos! El problema real aparece cuando nos hacemos invisibles o cuando nos ignoran. Para poder conocernos, es necesario encontrarnos. Creo que éste es un reto. Te parecerá una tontería, pero a la tienda de mis padres se acercan personas muy mayores, conversamos como podemos y, poco a poco, vamos formando parte del barrio. Sin embargo, ésta no es la única convivencia posible. Nosotros queremos participar de vuestros mismos espacios. ¿Quién debe dar el paso? Creo que todos: unos y otros, los que llegamos y los que estábais. Al fin y al cabo, tenemos, tú y yo, mucho más puntos en común, que valores que nos separan”.



3. La verdadera historia de Katy y Cristín, lejos de África.

29 de diciembre

Katy y Cristín son verdaderamente grandes y no me refiero solamente a sus cuerpos, sino también a su interior. Parece que con su caminar lento y su sonrisa siempre acompañándolas, desafían el mundo. Su piel es del color del chocolate y sus palabras tienen siempre ese sabor. Aunque son hermanas, son muy diferentes: Cristín es de sonrisa estruendosa y de fluidez al conversar. Katy, pausada, silenciosa, escucha a su hermana como si no conociera la historia. Se asombra y disfruta del relato como quien oyera cuentos de ultramar. Así se llamará el libro de su vida, "El libro de la verdadera historia de Katy y Cristín". Páginas con sabor a chocolate dulce, chocolate amargo, chocolate blanco y siempre agua, mucha agua como el mar que las separa de los suyos.

Así me las describió Sarah y, la verdad, son tal y cómo dijo.

La grabadora colocada sobre la mesa registra nuestro silencio. Sentada frente a ellas, me muevo inquieta. Los minutos van cayendo uno tras otro sin que yo pueda articular palabra... Ellas no parecen tener prisa, sus cuerpos relajados en los sillones se preparan para la dura jornada de trabajo que les espera esta noche en la fábrica. Con sus largos trajes y su tocado en el pelo, me observan, tranquilas. Esos rostros bellísimos parecen decirme: "no tengas prisa, disfruta este momento de paz".



Me siento incómoda y no me atrevo a comenzar la entrevista. Intentando encontrar un hilo de razón, que me dé seguridad, traigo a mi mente la lección del viejo profesor: crear un espacio de confianza, iniciar la conversación con preguntas sencillas que ayuden en la primera toma de contacto, y continuar subrayando y apoyando con indicaciones para que el entrevistado no se sienta perdido.

Han pasado diez minutos cuando, ya nerviosa, trago saliva y articulo una pregunta vacilante:

-¿Cuándo llegásteis a España?

Como si en ese mismo instante hubiera caído un rayo en medio del cuarto de estar, Cristín se sienta, decidida. Inclina su cuerpo hacia delante y, mirándome fijamente, rasga el aire con su voz.

- Mujer ¿quieres saber mi verdad? ¿Toda la verdad? - sus manos palmean con fuerza sobre sus muslos -. Porque si quieres saberla yo te la voy a contar - me señala con su dedo advirtiéndome -. Prométeme que la escribirás como yo te la cuento para que esta historia mía no se olvide. Con mi vida puedes escribir un libro más grande que la propia Biblia. Un libro de una mujer africana que ha llorado mucho y ha luchado siempre.

Katy subraya las palabras de su hermana asintiendo con la cabeza. Sus ojos y su boca sonríen con intensidad, mientras las manos descansan sobre su regazo.

- Ella te contará la verdad,- murmura -, te dirá toda la verdad.

- ¡Enciende la grabadora!, - me ordena -.

Durante las tres horas que siguieron no volví a articular palabra. No fueron necesarios los consejos del viejo profesor. Las palabras de Cristín surgieron con todo el ímpetu de una historia personal por la dificultad y las ganas de vivir. A su lado, su hermana coreaba la narración, subrayando, cabeceando o exclamando, cada poco tiempo, un rotundo "esta es toda la verdad". A veces, cuando Cristín no encontraba la palabra exacta, la miraba y ésta le ofrecía su ayuda para completar la frase que había quedado inacabada y, después, volvía a abandonar su cuerpo al encanto de la escucha.

Lo que no imaginó Cristín es que nadie la estaría esperando...



"No te vayas Cristín" - le dijo el médico -, "eres la mejor enfermera que tengo". Pero ella, a pesar de que era un trabajo importante por el que era respetada y apreciada, a pesar de las lágrimas de su madre y de lo que le costaba separarse de los suyos, de que se le rompía el alma al dejar aquellas tierras extensas por las que podía caminar descalza y respirar el aire transparente y cálido, a pesar del miedo a lo desconocido, ella decidió seguir los consejos de su hermano, y con los ahorros de los últimos años comprar el billete de avión que la llevaría, lejos, muy lejos de África. Atrás dejaba a su pequeño, del que cuidarían sus hermanas como a sus propios hijos, y por el que trabajaría día y noche, si era necesario.

Su hermano ocupaba un buen puesto en una agencia de viajes y su amigo, un señor empresario muy importante, le había asegurado que España era un buen país. "Una mujer como tú, inteligente, con estudios y valiente, nunca tendrá problemas para encontrar trabajo, ganarás mucho y al cambio tu familia vivirá muy bien". Podría ayudar a toda la familia y asegurar un buen futuro al pequeño. Su familia era grande. Apenas sí podía recordar el nombre de todos los sobrinos y primos. No eran buenos tiempos, aunque en Camerún no hay pobreza, pero tampoco hay grandes lujos, y un poco de dinero extra no vendría mal. Camerún es un buen país. Buena educación, buenos médicos, libertad, mucho aire y sol. Pero algo le dijo que el futuro estaba en otro sitio, muchos paisanos habían partido ya. Era hora de hacer lo que debía hacer.

Tal vez hubiera sido más fácil ir a Francia. Camerún había sido colonia francesa, conocía a la gente y el idioma. Gente abierta, que no discriminaba a las personas por el color de su piel. El pasado les unía porque durante muchos años habían habitado su país. "Por las calles de París podías caminar, sin miedo a que te detuviera la policía y tu color no importaba a la hora de encontrar trabajo". Pero aquel hombre trajeado y bien plantado, le había dicho que la recibiría en el aeropuerto y le buscaría trabajo. Viviría en Madrid en una buena casa y no tendría problema, porque él y su mujer se encargarían de todo. A cambio del favor, su hermano le regalaría un recorrido por los países de Africa.

La noche anterior a su viaje hicieron una gran fiesta para celebrar que Cristín emprendía una nueva vida.

Bajó las escaleras del avión, observando con curiosidad a su alrededor. Con el equipaje en una mano y el pasaporte fuertemente aferrado en la otra, atravesó las puertas de llegada. Personas que se abrazan, familias que se reúnen, amigos que se encuentran, grupos de turistas. Se le arruga el estómago mientras con la mirada busca su nombre en los carteles que se alzan en manos de los desconocidos. Poco a poco los viajeros y sus acompañantes van alejándose.



dose de la puerta de salida. El hall se queda desierto. Ella se ve en la inmensidad de su soledad, en un país desconocido. Espera y espera, quieta y silenciosa, en aquella puerta, con el temor de que si se separa unos metros, el bullicio y el ruido la engullirá y el empresario no la encontrará. Espera. Han pasado dos horas y nadie ha venido a buscarla. Le pide ayuda a una azafata para que llame al número de teléfono que le entregó su hermano, en caso de problema.

La azafata le explica en francés que un señor ha contestado a la llamada y la vendrá a buscar pronto. Parece ser que hubo una confusión sobre la hora del aterrizaje del avión. No tiene nada que temer. La espera continúa cuando, por fin, el empresario trajeado aparece seguido de su esposa. Cristín sonríe y abre los brazos esperando un saludo y palabras de bienvenida. Pero la mujer del empresario no sonríe, no parece alegrarse de ver a Cristín. En lugar de abrazarla, la mira con dureza y, parándose a un metro de ella, le grita con decisión que no hay sitio en su casa, que todo ha sido un lamentable error y que Cristín debe volver a su país: ¿Tienes el billete de vuelta, verdad? Porque si no, no te habrían concedido el visado: pues lo mejor es que vuelvas hoy mismo a tu país, aquí no es posible que te quedes", le dice en un mal francés... Cristín la mira atónita. Deja caer su cuerpo sobre su gran maleta y rompe a llorar. Lloro y llora con tanta fuerza que la gente que pasa se detiene a contemplar a la mujer africana que, sentada sobre su gran maleta, llora sin consuelo.

Sigue llorando. A su alrededor, viajeros llegados de distintos lugares discuten con el empresario y su mujer. La mujer comenta con gritos y aspavientos que se trata de un lamentable error, no hay sitio para alojar en su casa a la mujer africana. Las palabras y gritos del empresario y de su mujer se confunden con los sollozos de Cristín. Por fin, un hombre le pregunta en su idioma por lo ocurrido. El hombre es de Camerún; una vez ha comprendido la situación se vuelve, decidido, y amenaza al empresario con denunciarlo a la policía si no cumple con lo prometido. El empresario indica a Cristín que se levante y que coja la maleta. La gente aplaude a la comitiva que se aleja hacia la salida. Se alejan por los pasillos del aeropuerto, la mujer con el rostro descompuesto por la rabia, el empresario serio y Cristín arrastrando su gran maleta.

La casa es grande, de dos plantas, con varios dormitorios y salida al jardín. Durante los seis meses siguientes, trabaja en aquella casa sin salir a la calle ni una sola vez, porque la señora teme que se pierda o que enferme. Se levanta a las siete de la mañana y se acuesta cuando los señores se retiran del salón. No habla con nadie y extraña la calidez de las relaciones de su tierra. Si llaman a la puerta y los señores no están, abre la rendija con cuidado, asoma el dedo índice y señala que no se puede entrar. La señora ha dado órdenes de que no debe pasar a nadie y, además, para qué intentar explicar más si no entiende ni



palabra de español. Hay días que está tan cansada que se queda dormida en la silla de la cocina. Intenta no molestar, no ocupar espacio, que no se note que existe. Sabe que su sola presencia disgusta a aquella mujer que grita a todas horas. Si la echa de esa casa, ¿a dónde irá? No conoce a nadie en este país y le aterra la idea de verse errando sola por las calles. Muchas veces piensa en volver, pero ha dejado su trabajo ¿y qué pensarán los suyos? Todos confían en ella y no puede regresar con el miedo en el rostro. Ella es valiente y orgullosa, no quiere volver, aunque en esa casa le digan que no hay sitio para ella. No la quieren y se lo demuestran en todo momento. La obligan a guardar sus cosas en la maleta, en el baño de abajo, y se ducha con agua fría porque desconoce cómo poner el calentador. Cuando los señores se retiran a su dormitorio, extiende las mantas en el sofá y refugia su cuerpo en el calor. Allí, en la oscuridad, trae a su mente los recuerdos de África y le pide a aquél que dio la vida a los hombres, a los árboles y a los animales, que se la lleve para siempre o le enseñe una salida. Una de dos, la que quiera, pero que lo haga ya.

Un día vino el frío. Había oído hablar de él pero nunca lo había sentido. Cuando vino el frío una sensación sombría se metió por sus huesos y la invadió toda, sumiéndola en un miedo terrible. Pensó que estaba enferma, que el frío se la comería por dentro y jamás volvería a ver a los suyos. Se envolvió con todo lo que llevaba, un vestido encima de otro, hasta convertirse en una montaña incapaz de moverse. El señor la encontró debajo de un montón de ropa, hecha un ovillo en una esquina del sofá, llorando y sola.

Llaman de Camerún. "¿Estás bien?" - pregunta su madre -. La señora, frente a ella, la mira fijamente. No se atreve a hablar y estalla en sollozos colgando el teléfono.

Días después llaman a la puerta. Ella está sola, tiene frío y no quiere abrir. Se queda escuchando silenciosamente. "¡Cristín, Cristín!", exclama una voz al otro lado de la puerta. "¡Cristín!" - grita la voz -. Abre una rendija para mirar quién conoce su nombre. Una mujer le sonríe y le grita con alegría, en su idioma "¡Vengo de parte de tu madre! ¡Déjame pasar! Pero Cristín no quiere abrir. Tiene vergüenza de que cuente cómo vive. La mujer empuja la puerta con determinación "¿Pero qué te pasa? ¡¡¡Cielos, como estás!!! Criatura, pareces una vieja... mira tu piel, - murmura con tristeza - y tu pelo apagado... ¿Por qué no te cuidas? ¿Qué ocurre aquí?" Cristín se toca la cara cuarteada por el frío. "¿No te han dado crema para la piel? ¿No sabías que con este clima la necesitas? Criatura, ven, cuéntame...". Sentadas en el sofá, Cristín la mira con desconfianza: tiene tanto miedo que no se atreve a hablar. Pero la mujer no para de gritar en su idioma, trayéndole el calor de su tierra y su gente. Poco a poco, las palabras van volviendo y le cuenta todo, todo, todo. Lo cuenta de

golpe, llorando como una catarata. El vestido, en el que limpia sus lágrimas termina empapado y salado. Cuando termina, la mujer la abraza y le dice dulcemente: "Cristín ahora mismo te vas de aquí, aquí no te quieren, criatura". Se levanta y repite gritando con indignación: "¡Aquí no te quieren!" A toda prisa recogen las cosas y las meten en la maleta. Escapan de aquella casa dejando la puerta abierta, corriendo por las calles de la urbanización mientras gritan como niñas. La gente que pasa sonrío al ver a las dos mujeres africanas correr calle abajo, arrastrando una gran maleta.

Cristín observa fascinada todo lo que ve: la gente, las casas, las personas... esto es España, piensa, esto es España.

La mujer comparte piso con tres chicas y dos hombres de Camerún. Una sabe español y le encuentra trabajo a Cristín, como interna en una buena casa, para cuidar a un hombre mayor. Él es una buena persona. Su hijo le quiere y, por medio de su amiga, le explica a Cristín que debe cuidar a su padre día y noche. Le pagará ochenta mil pesetas al mes. Cristín ríe, contenta: como no tiene gastos, podrá ahorrar y enviar dinero a su familia.

Todos los días va a la compra con una unidad de cada cosa en la bolsa. Una patata, un huevo, una cebolla, un poquito de arroz en un papelito... Cuando llega al mercado, enseña el huevo y con los dedos indica la cantidad. Los tenderos y las mujeres que compran le gritan: "¡Hu-e-vo!" Ella lo repite. Es gente amable que la saluda al llegar y habla con ella. "Vas aprendiendo", - le dicen con sonrisas -. Le ayudan a encontrar las palabras que nombran el mundo y, como es lista, pronto aprende el idioma.

Y luego, el hombre enferma. Es muy mayor y a veces quiere hacer cosas extrañas como salir en pijama a la calle o ducharse vestido. Cristín le tiene cariño y le cuida pero, cuando le dice que se quiere casar con ella y tener muchos hijos, se apena. "No puede ser", le dice con cuidado para no hacerle daño, "es usted mayor y yo sólo tengo veintiún años" ¿entiende? "Pero yo te quiero", le dice el hombre, " y nos casaremos en una iglesia muy grande". Hacerle entender que no puede ser le da mucho dolor de cabeza, tiene que repetírselo muchas veces. Un día el hombre tiene mucha fiebre, una ambulancia le traslada hospital y no vuelve más. Cristín espera sola en la casa durante muchos días hasta que, por fin, su hijo le dice que se ha ido para siempre. Fue feliz en esa casa.

Cristín tiene que comenzar de nuevo, pero ahora ella se siente más segura: sabe español, se mueve por las calles, tiene amigos... Consigue un buen

trabajo y alquila una casa que, en poco tiempo, se llena de paisanos: no quiere que ninguna persona de su país pase por la experiencia que ella vivió al llegar.

El trabajo no dura mucho. Los meses pasan y se acaba el dinero, no tiene papeles. La trabajadora social no puede hacer nada, "es ilegal". Ella no quiere caridad. No ha venido a pedir, no quiere que le regalen nada, quiere trabajar. No quiere que la traten como a una pobre mujer. Son tiempos duros en los que aprende a cocinar con agua y poco más. Sus paisanos tampoco tienen trabajo pero se las van arreglando y, por fin, la amiga de una amiga le facilita un trabajo en una casa grande.

La vida empieza a sonreírle y al poco tiempo llegará su hermano trayendo a su hijo... Ahora Cristín tiene dos niños, vive con su hermana y sus hijos en un piso de Fuenlabrada. Trabaja por las noches en una fábrica de papel. El trabajo es duro, muchas horas de pie. Por las mañanas limpian una casa en Madrid, pero es trabajo y un contrato. Cristín tiene muchos amigos. Camina con seguridad por las calles de Madrid. Sus hijos estudian en un buen colegio, el mayor será médico y la pequeña maestra. Cuando puede va a cursos, a todos los cursos que puede, porque quiere seguir aprendiendo. Ya son seis años en España aunque a ella le parece que ha sido toda una vida...

Un día dejará de trabajar y volverá a Camerún, se quitará los zapatos para caminar por la orilla del río y nunca, nunca, volverá a tener frío. Y cuando llegue la noche, los parientes y vecinos se reunirán para escuchar la verdadera historia de Cristín lejos de África.

" Busqué trabajo a través de la trabajadora social. En todos los trabajos decían que sí y, cuando yo iba y me veían, me decían que no. La cuarta vez que me pasó le dije a la señora que me iba a contactar que no lo entendía, que me había dicho por teléfono que sí y ahora decía que no. Me contestó diciendo que no tenían costumbre de ver personas negras en casa..."

Anastasia Saa Zeabda



Cuento africano

Cómo curar el miedo

Érase una vez un hombre que andaba solo por la selva. Anduvo durante tanto tiempo que sintió hambre. Se detuvo en una aldea en la que le dieron de comer. Lo hizo copiosamente y decidió quedarse allí. Después, se casó con una joven, eligió su domicilio y no pensó más en irse.

Un día, después de haber comido muy bien, el viejo se adentró en la selva que, desgraciadamente, estaba infestada de fieras, especialmente de leones. Él lo ignoraba. Apenas se había alejado unos pasos, cuando el rey de la selva surgió ante él, con un enorme rugido. Atónito, el viejo no tardó en ensuciar sus pantalones y se quedó temblando. El león dio un paso y el miedo hizo que el viejo encontrara fuerzas para subirse a un árbol. El león se quedó al acecho durante una semana y, hastiado, se fue. El viejo se quedó solo en su árbol, pensando en qué iba a ser de él. Un cazador pasó por los alrededores. El hombre oyó sus pasos y preguntó:

-¿Quién va?

-Soy yo.

-¿Quién eres tú?

-Soy un cazador que busca caza.

-Amigo cazador, ¿quieres ayudarme a salir de aquí?

-¿Pero cómo te las has arreglado para entrar?-Un miedo cerval me ha metido donde estoy.

-Pues bien, un miedo cerval te va a sacar enseguida.

-¿Qué vas a hacer?

-Ya lo sabrás en su debido momento.

El cazador comenzó a amontonar hierbas secas debajo del árbol. De repente les prendió fuego por varios sitios. Aterrorizado, el viejo se abalanzó de cabeza sobre las espigas y se puso a salvo.

El cazador lo acogió con una amplia sonrisa. Se abrazaron y se hicieron muy buenos amigos.

(Contado por Amsata Dieye)

4. Said. El hombre que no conoce fronteras.

Quando Sandra me habló de Said, pensé que hablaría con uno de esos jóvenes que aparecen diariamente en las noticias de la sección nacional del periódico. Personas retratadas, sin nombre, que nos miran mudas desde las letras impresas en negro. El titular señala con frialdad cuántos detenidos, cuántas vidas perdidas, cuántos trabajadores en situación irregular. A pesar de existir un código deontológico que desaprueba el tratamiento discriminatorio a las personas por su origen, las grandes hojas de papel impreso nos informan fríamente de cifras: personas a las que percibiremos como una de las tantas estadísticas que nos invaden.

El protagonista anónimo de una de las secciones dominicales, se presentaría en mi casa al mediodía. Marroquí, estuvo en situación irregular durante años y trabaja ahora legalmente en nuestro país. Un joven que había cruzado las fronteras en las condiciones más extraordinarias, que conocía las dificultades del trabajo en el campo, la calle, el no tener papeles... y que se obstinaba una y otra vez en reclamar los mismos derechos que los ciudadanos españoles. Un hombre que, a pesar de todos los obstáculos, no conocía las fronteras.

La cocina está hecha un desastre, pero el resultado no es malo. Me he pasado toda la mañana hablando con mi madre por teléfono, para hacer un triste pollo al horno y una ensalada. Pensé que, alrededor de una mesa, la conversación sería más tranquila y, sobre todo, se me notarían menos los nervios. Si me quedo cortada, siempre puedo excusarme diciendo que tengo que ir a buscar algo a la cocina



Al abrir la puerta me encuentro a dos chicos sonriendo, con unas enormes barras de pan y una botella de zumo de naranja en las manos.

Después de unos instantes un poco incómodos en que les invito a pasar, lanzando miradas de auxilio a Sandra que parece encontrarse completamente tranquila, ponemos la mesa entre todos y, mientras servimos la comida, comenzamos a conversar. Es Said quien habla, haciendo de traductor de su primo que hace dos meses que se encuentra en España y no conoce nuestro idioma.

Llevamos un tiempo comiendo y charlando, cuando surge el tema de la acogida de las personas inmigrantes...

- ¿Conoces la Ley de Extranjería? - pregunto nerviosa -. Said sonríe. Sonríe todo el tiempo y me mira abriendo mucho sus ojos negros. Sonríe, a pesar de que lo que está diciendo es muy difícil de asumir.

- ¿Cómo no la voy a conocer? Es lo primero que aprendemos al llegar a Europa: todo lo que nos está vetado. Sí, la conozco y no es una Ley de Inmigración, es una ley policial, concebida para controlar la situación, pero no para facilitar la acogida y la integración de las personas inmigrantes. La desigualdad está institucionalizada por unas leyes que sitúan los derechos de los inmigrantes muy por debajo del resto de la población. Según esta ley, las personas extranjeras con permiso de residencia y trabajo, somos ciudadanos con derechos limitados. Sabes lo que consigue la Ley? Que estemos legalmente discriminados...y los que tenemos permiso, tenemos suerte... Para los que están en situación irregular es mucho peor: viven en el miedo continuo. Eres "ilegal" y cuando estás en esa situación, intentas hacerte invisible. Que no te vean, que no te denuncien, que no te expulsen...

Said habla con pasión mientras su primo le mira tranquilo.

- ¿Más pollo?, - pregunto -. No sé, me siento en la obligación de hacer algo...

- No, tengo bastante gracias. Me ha dicho Sandra que estás haciendo entrevistas...

- Sí, me gustaría saber cuándo llegaste a España...

- En mil novecientos noventa y dos. Aquí vive un primo mío, pero cuando él llegó, las cosas eran muy diferentes. Entonces, los inmigrantes de la



otra orilla, de lo que es Marruecos, entraban sólo con el pasaporte. Venían porque sabían que encontrarían trabajo. Se quedaban un par de meses o el tiempo que fuera y luego, se volvían. El trabajo en el campo era duro, pero se venía por necesidad. Cuando se impuso el visado, en el año 91, se desencadenó la inmigración irregular y, desgraciadamente, la gente empezó a morir en el Estrecho.

Said habla despacio para asegurarse de que le entiendo bien.

- ¿Sabes? A mi pueblo, en Marruecos, si llegan personas de otras partes, guiris como dicen en aquí, les invitas, porque hay hospitalidad. Aquí yo no he visto esto. Cuando entré en España, quien me recibió fue un familiar mío en Gerona. Después de compartir un par de meses habitación, tuve que irme a otra ciudad, a buscar trabajo. Luego estuve durmiendo en la calle. Como se me había caducado el visado, no podía buscar alojamiento: podrían haber llamado a la policía y haberme devuelto a mi país. Pero luego encontré trabajo en el campo.

- Pero Said, me ha dicho Sandra que tú estudiabas en Marruecos ¿por qué viniste?

- No vine por problemas económicos. Yo estuve en el movimiento estudiantil en Marruecos en el 90. Como allí no hay tanta libertad, pues me ficharon en las protestas que hacíamos. Tengo amigos a los que han echado de la universidad o que han sido detenidos. Pero no sólo vine por problemas políticos, no te creas, vine aquí para trabajar, para hacer mi vida y ser independiente de mi familia...

- ¿Y Omar?

- Él, al principio, quería irse a Francia. Tenía un visado para visitar ese país. Ha estudiado filología francesa...Pero al venir aquí y estar con su hermano, decidió quedarse.

- ¿Has tenido dificultades para trabajar?

- En el año 92, estuve trabajando en el campo. Fue la primera vez que sufrí de verdad, porque yo no pensaba que podrían ocurrirme cosas así. Por ejemplo, entrabas en un bar y si notaban que eras de otra parte, no te servían. En las discotecas te decían: "¿eres socio?" Luego, para alquilar una casa lo mismo, si eres un "moro", no quieren alquilarte nada. Yo nunca había visto tal comportamiento. ¡Fíjate cuántas casas vacías en las ciudades! Pero como no quieren alquilar a inmigrantes, nos quedamos en la calle.

Yo empecé a trabajar allí, en el campo, y me construí una chabola, como mis compañeros: la mayoría dormíamos en chabolas de plástico y maderas para protegernos del frío y de la lluvia. El agua, la cogíamos de los sistemas de riego. Aunque esa vida era difícil, me acostumbré también. En el 93, el Gobierno abrió los cupos. Estuve trabajando con un pequeño empresario. Me ofreció todo, trabajo, todo. Estuve viviendo en un cortijo, que no tenía ni agua ni luz y por el que querían cobrarnos 5.000 pesetas al mes, así que pensé que mejor volvía a mi chabola.

- ¿Por qué no nos cuentas un poco en qué has trabajado?

- Cogiendo verduras de todo tipo: pimientos, pepinos, calabacines, tomates... En el verano, hay un mes de recogida de melón y sandía. Pero, realmente, el trabajo máximo en el campo no dura un año, dura unos meses. Las únicas que ofrecen trabajo todo el año son las grandes empresas, que hacen varias siembras, porque les meten abonos...y luego exportan. ¡Allí sí que sufrí! Estuve cobrando 3.500 pesetas, por nueve horas de trabajo diario. ¡Pero trabajo, trabajo, no te creas!, - añade, sonriendo -.

-¿Y de ahí te viniste a Madrid?

- Estuve trabajando de temporero en unos sitios y en otros. En el sur primero, para luego subir a Castilla, a trabajar en la vendimia y luego a recoger la aceituna cerca de Ocaña, con un amigo mío. Es entonces cuando yo entregué mis papeles para la regularización. Y después ocurrió lo de El Ejido y pensé que tenía que bajar. Dejé el trabajo y fui para allá para apoyar a mis compañeros, porque creo que era importante. Y después me fui a Huelva, a recoger la fresa, antes de volver a Madrid. No encontraba vivienda y me ofrecieron una habitación en El Laboratorio, en Lavapiés.

¿Sabes? El día que me llamaron para decirme que ya tenía los papeles, no me lo podía creer. Creía que nunca llegaría ese momento. Bajé a Almería y al volver a Madrid, ya con permiso de residencia, me puse a trabajar en la hostelería. Cuando los dueños vieron que yo valía, porque cocinaba bien, me dijeron que me quedara de cocinero, pero cobrando lo mismo que lo que cobraba de ayudante. Entonces, yo les dije que mi convenio no me permitía efectuar ese trabajo y me contestaron que si no aceptaba el trabajo, me darían el finiquito. Acepté el finiquito y me fui, porque creo que si quieres trabajar, encuentras siempre trabajo.

- Dicen que hay demasiadas personas inmigrantes y poco trabajo y, sin

embargo, los empresarios se quejan porque hay puestos que se quedan sin cubrir:

- Claro, trabajo precario hay bastante en todo el mundo. El problema es encontrar un trabajo en el que te paguen lo que te corresponde por el trabajo que desempeñas. Mira, volví a la hostelería. Estuve poco tiempo porque me hicieron un contrato de limpiaplatos en un hotel restaurante de tres estrellas, ¡cuando en realidad lo que hacía era ser recepcionista! Hablo y entiendo cinco idiomas: castellano, francés, inglés, árabe y bereber. Me comunico bien con la gente y hacía reservas. Pero me tenían contratado como ayudante de cocina. Cuando llegó el momento de renovar el contrato, no llegamos a un acuerdo porque yo insistí en que me contrataran de ayudante de cocina, si iba a trabajar en cocina o de recepcionista, si iba a trabajar de recepcionista. Y de nuevo... el finiquito. Y lo de la construcción no fue mucho mejor: el encargado nos gritaba. Le dije que nos tratara con respeto, que nos considerara como personas, pero no hubo manera y a la semana siguiente, me fui. Y todo eso en unos pocos años de residencia, ves Ana, no he tenido tiempo de aburrirme...

Yo le miro asombrada... Said sigue viviendo en El Laboratorio. Desde su llegada a España, han pasado más de diez años y continúa en unas condiciones muy precarias. No creo que yo fuera capaz de soportar una situación así.



“ Vine aquí para hacer cosas, para hacer mi vida y ser independiente de mi familia, para vivir en otra cultura, trabajar, conocer cosas...”

Said



-¿Ha merecido la pena todo esto? ¿Y para Omar, que llega ahora , ¿crees que merece la pena?

- No sé qué decirte... Nosotros, los bereberes, no tenemos tierra: somos gente libre.. Éramos una población nómada que se fue quedando en distintos sitios, antes de que llegaran los árabes: Argelia, Marruecos, Túnez, Libia... Tenemos un idioma propio - las letras bereberes son las letras tijinar y se escriben de izquierda a derecha -, tenemos unas costumbres propias, una forma de vestirnos que nos distingue de los demás. Últimamente, la mayoría son musulmanes. Y en cuanto a si ha merecido la pena... - Said mira a su primo que guarda silencio - Omar se siente una persona libre. Creo que lo único que desea, es que le traten así, como una persona libre. Le gustaría hacer su vida, aquí en España o en otro lado, tener una casa como los demás, formar una familia y ya está, y vivir una vida normal y tener oportunidades, como la gente de aquí. Ser un ciudadano de primera clase como tú, como cualquiera...

- Said, antes hablabas de los prejuicios...

- Sí, es terrible cuando somos juzgados de forma estereotipada. ¡No todos los colombianos se dedican a la droga, ni los moros son tal, ni las mujeres inmigrantes son prostitutas! Se escucha de todo: que nuestra cultura es cerrada, que no queremos adaptarnos, que vamos siempre juntos, que somos sucios....pero todo esto está fundamentado en ideas falsas. Es fácil decir, cuando una persona de origen marroquí comete un acto delictivo, que todos somos ladrones... Pero lo mismo podríamos decir de los españoles...No se puede generalizar de esta manera, no deberíamos creer en las ideas preconcebidas. Cuantas más personas de distintas culturas habitemos en un país, más dinámico y más rico será este país... . Las organizaciones que ayudan a los inmigrantes deberían también trabajar en la sensibilización de la gente de aquí, ¿no crees?

- Tal vez sea porque las personas inmigrantes formáis redes...

- ¿Te refieres a los guetos? Si la sociedad del país al que vamos no se relaciona con las personas inmigrantes, lo normal es que estas personas busquen un entorno que las acepte. Para evitar los guetos, hay que hacer posible la integración: son cuestiones políticas y todavía en España no existe una verdadera integración del inmigrante. Pero, a veces me pregunto: si nosotros debemos integrarnos a esta sociedad, ¿no debería el Gobierno hacer un esfuerzo para que las personas autóctonas también den un paso hacia la convivencia y no nos reciban como ciudadanos de 2ª clase? El esfuerzo debe estar presente en las dos



partes, Ana. Sólo así seremos capaces de construir una sociedad más equitativa para todas y todos. Mira... una idea que lanzo al aire: creo que deberíamos tener centros Interculturales donde todas las personas pudiéramos aprender de las diferentes culturas que convivimos en este país. Este tipo de experiencia se está llevando a cabo en otros países europeos con buenos resultados y creo que nos ayudaría a aprender a relacionarnos.

- Pero cuando alguien de tu tierra te pide ayuda...

- Los musulmanes somos muy hospitalarios, ya te lo he dicho, y nuestra religión nos obliga a ayudar. Si viene alguien y te pide ayuda, pues le ayudas. Y eso es así, tanto si eres bereber como si eres árabe. Es cuestión de creencias. Tiene que ver un poco con la religión islámica: si eres musulmán siempre te acercará más a otro musulmán, aunque sea alguien de la India que poco tiene que ver con tus propias tradiciones.

- ¿Qué es tener otra cultura? ¿La cultura no cambia?

La cultura cambia según las personas. Pero la nuestra es una cultura liberal, de libertad, con respeto a la autodeterminación, a los derechos de las mujeres... No es una cultura cerrada que rechaza la integración. Es una sociedad libre, sé que te cuesta entenderlo y para entenderlo de verdad, deberías verlo y vivirlo allí.

-¿La cultura en ti ha cambiado?

Mira, Ana, para unas cosas soy crítico pero en otras me reafirmo. Realmente ahora me siento multicultural. Puedo estar en la casa de un catalán y sé lo que le gusta y me gusta verlo, en la casa de un andaluz igual, comemos chorizo, bebemos vino, y me siento parte de ellos. Lo importante es saber cómo comunicarse, cómo adaptarse a otras culturas, por ejemplo en la forma de comer, de divertirse, de relacionarse. En mi pueblo, se vive de otra manera, pero hay que aprender a viajar, a conocer. Eso vale para todas las personas que emigramos, seamos de dónde seamos.

- Said, ¿por qué crees que las personas tienen tanto miedo al Islam?

- La cultura islámica es una cultura de paz, quiero repetirlo. El gran fallo es la interpretación que hacen algunos del Islam, tanto en nuestros países como en Occidente. Y se confunden Islam y fundamentalismo, que son cosas bien distintas...



- La cultura islámica es, para mí, la sensación de sentirte bien contigo mismo. Uno de los pilares de nuestra religión es que no se deben decir mentiras, hay que procurar decir la verdad, siempre. Otra cosa, es el respeto a las personas y otro que tu religión te marque las pautas de tu vida. Eso es lo que me da el Islam. Como yo lo entiendo, es la paz, la convivencia entre los pueblos y el respeto a todos los principios, ideologías y religiones del mundo.

- Constantemente escuchamos en la televisión noticias relacionadas con chavales jóvenes de Marruecos, ¿por qué emigran?

- Están ilusionados... Mira, piensa en lo que supone para ellos ver a los que vuelven a sus pueblos, de vacaciones: empiezan a contar cosas de los países en los que viven, llegan en coche, sus hijos traen videojuegos, hacen regalos a todo el mundo... Los jóvenes piensan que España es un paraíso, y que sólo por llegar, van a vivir de maravilla. Luego, claro, al llegar aquí, se encuentran con otra realidad...

-¿Te gustaría decirles algo a los jóvenes españoles?

- A los jóvenes de cualquier parte, les aconsejaría que hablaran, hablaran y hablaran. Que no nos tengan miedo, porque somos como ellos. Hay que preguntar, abrir puertas, comunicarse. Eso es la integración. El miedo provoca rechazo y el rechazo provoca xenofobia, violencia y guerra. Tenemos que intentar aceptarnos con nuestras diferencias y nuestros valores comunes, sólo así conseguiremos luchar juntos y juntas por la igualdad de derechos y, sobre todo, por el derecho de ciudadanía, en España primero y en Europa después.

Said parece recordar algo que le marcó, porque de repente, su mirada se nubla, a la vez que intenta sonreír...

- Te cuento lo que me pasó hace poco tiempo... Una ONG alemana invitó a una asociación de la que formo parte a un intercambio sobre la Unión Europea. Unos de los ponentes nos estuvo hablando de los derechos de los ciudadanos de la U.E. y de que el Tratado de Maastricht definió el concepto de ciudadanía europea, que otorga a todas las personas el derecho a circular libremente y a residir en el Estado miembro de su elección. Cuando terminó de hablar y nos miró, diciendo: "¿Alguna pregunta?", yo levanté la mano y dije: "Entonces, ¿yo puedo circular libremente?" "Claro,- me contestó -. Puedes ir a cualquier país miembro de la U.E." "¿Por el simple hecho de ser persona?, - seguí preguntando -. " - Sí, sí eso es, - dijo él -. " "¿Aunque no sea residente legal?, - insistí -. Se hizo un silencio en la sala y todos miramos al hombre, esperando una respuesta. Carraspeó, y algo turbado, me miró diciendo: "No, tú no puedes".



"¿Es que yo no soy persona?, - contesté, alzando la voz -. El resto te lo puedes imaginar: nos dio miles de explicaciones sobre tratados internacionales y acuerdos entre países; razones económicas y de seguridad. Y allí en medio de aquel torrente de palabras y entre mis compañeros, comprendí que los Derechos Universales eran todavía privilegio de unos pocos...

-¿Te acuerdas de alguna cosa que te pasara de pequeño, de una canción?

- Las madres cuando cogen a sus niños en brazos, les cantan una nana que dice "duérmete niño hasta que se prepare tu cena". Pero ahora ya no nos podemos dormir, Ana. Hay que trabajar juntos...

Es tarde ya. Nos despedimos en la puerta con la promesa de que pronto iremos a casa de Said y de su primo.

- Somos gente hospitalaria, Ana, acuérdate...- me dice -, y nos gusta recibir en nuestra casa.

Cuento bereber

Dicen que los bereberes hablan sin añadir nunca una palabra más de las estrictamente necesarias. Silenciar sus propios asuntos y los de los demás constituye todo un principio moral.

La tortuga

Paseaba un día, cantarina la tortuga, cuando un halcón que volaba cerca la vio, cayó sobre ella y, remontando el vuelo, dejola caer desde gran altura. En su vertiginoso descenso, así se lamentaba el pobre animal:

- "Ay Señor, qué vida ésta: o te comes la lengua, o ella te come a ti".

En esto acertó a pasar un hombre que, oyéndola, se dijo para sí: "¡Qué maravilla, hasta las tortugas hablan!" Se agachó y la recogió del suelo, corrió hasta el palacio del rey, a quien se la ofreció diciéndole:

-Aceptad, Señor, esta tortuga habladora.

-Hazme una demostración de tal prodigio, - le respondió el soberano.

Pero a pesar de sus esfuerzos, el hombre no logró que el animal hablara.

Pasó horas rogándole:

-Habla, tortuguíta, dí lo mismo que te oí decir en el campo.

Pero la tortuga permaneció en silencio, sin despegar los labios. El rey, enfurecido, ordenó que decapitasen a aquel osado, al tiempo que se quejaba:

-¿Cómo se atreven a burlarse de mí, cuando aún vivo?

Le prendieron y su cabeza no tardó en rodar por los suelos. De esta manera quedó corroborada la sentencia:

"Quién no se come la lengua, la lengua se lo come".

Nota: Traducido del texto bereber de Hans Stumme (Märchen der Schlub von Tazerwalt", Leipzig 1895).
Fuente: Cuentos populares de los Bereberes de Uwe Topper. Versión española de Jesús Rey-Joly. Libros de los Malos Tiempos. Miraguano ediciones. 1997. Madrid.

ذات يوم مرت سلحفات مطربة ذات صوت بميل
عن من سقر يطير خوفها ! نقض عليها بقوة حتى جعلها
تسقط من البرف السلحفات المسكينه.

- "آه سيدي ، يا لها من حياة هذه . سوف تبلى اللسان ،

أم هي ستبلىك"
في هذه اللحظة من رجل يسمعها قال : " يا عيباه ، حتى
السلحفات تتكلم ! إنني لأعندها من الأرض ثم أخذها
يجري إلى قصر الملك ثم قدمها .

- ملك تقبل ، سيدي بالسلحفات التي تتكلم ؟

- فأجاب به . بين لي بهذا .
بعدما حاول الرجل أن يجعل السلحفات تتكلم لم يحصل
ذلك . فانت ساعات يحاول ذلك فلم تتكلم قط .

تكلمي يا سلحفات في الحبيبة ، قل ما لكه كنت تنطقين
به في الحقل .

و لكن السلحفات بقى فاسكوت يدون نريال المتخفين
فأمر الملك بقطع رأس الرجل في الوقت الذي توترت
أعصابه :

- أكيف تتسلفن دون بعد في الوقت الذي أنا معي !

ثم قطع رأسه فلم يتعطل بسقوط رأسه في الأرض فبعد
انتهى الخلم :

دد من لم يبلع لسانه ، فاللسان يبلعه ،

5. El encuentro



"¡Hazme reír, hazme reír!", - gritan los niños -. Se hace un silencio solemne que se rompe con las sonoras carcajadas de los cuatro para comenzar de nuevo con: "mami hazme reír, hazme reír". Colocados delante de nosotras, con las manos a la espalda y aguantando la respiración, miran seriamente a su madre, que sin decir palabra, sólo con la expresión de su rostro, consigue que estallen en risotadas y saltos. "Ya está, ¿eh? Prometisteis ser buenos, así que dejadme hablar con Ana que me va a hacer una entrevista para un libro". Esto no parece lo suficientemente importante como para prescindir de su madre por unas horas. Los dos niños intentan captar su atención como pueden: se suben encima, imitan elefantes que escalan por el sofá, recuerdan promesas incumplidas... Me siento completamente malvada, pero no nos queda más remedio que refugiarnos en el dormitorio de la pareja: él, del sur de África; ella, del norte de España.

- Nada extraordinario, - comenta María ante mi obstinado intento de encontrar un resquicio de conflicto cultural -. Somos una pareja normal, hemos construido un hogar no muy diferente a cualquier otro hogar, africano o español, y no creo que entre nosotros exista una convivencia distinta a la del resto de las familias de nuestro entorno. Las diferencias, las marca el exterior: es decir, son los demás los que nos recuerdan que somos una pareja formada por un africano y una española. Hay una especie de empeño por creer que esto es algo extraño o, incluso, problemático. Sin embargo, cuando cierro los ojos en la noche y despierto por la mañana, no me hago preguntas sobre el lugar en el que nació, sólo siento que estoy con la persona con la que quiero compartir los días.



Trywell lleva a sus espaldas quince años en España y unos estudios en el África profunda, como él la llama, que no comenzaron hasta que tuvo la suficiente edad para tocarse la oreja derecha con el brazo izquierdo...- comenta María -.

¿Qué quieres decir con que se tenía que tocar la oreja? - pregunto extrañada a María, mientras me la toco sin dificultad -.

-Bueno, tiene que ver con la colonización: para retrasar la entrada en el colegio de niños del país, les obligaban a hacer esta prueba. Las personas desarrollamos antes la cabeza que los brazos, así que tenían que esperar a ser mayores para entrar en el colegio.

Después vendrían los años pasados en un colegio inglés de la capital de Zimbabwe, la formación musical, luego el grupo de jazz que montó con sus hermanos, un tutor argentino y, finalmente, la llegada a este país. España estaba más cerca de Europa y de las posibles giras musicales: conciertos con la banda de jazz, la posibilidad de estudiar español y luego el graduado escolar. "Es más fácil iniciar los estudios desde el principio que convalidarlos en la trama burocrática de este país". Hace un año que terminó magisterio y ahora continúa con los estudios de pedagogía mientras trabaja y graba su tercer disco.

- Es una vida realmente emocionante... Imagino que tanto como la tuya, María.

- No creas; ríe María, mi vida es muy normal. Estudié ciencias de la educación, conocí a Trywell en un concierto y comenzamos a salir como cualquier pareja. Creo que la vida de él sí es excepcional porque cada paso de su vida es como un viaje...

- Me da reparo preguntarte, pero imagino que a tu familia todo esto le debió ser complicado, porque os conocéis en unos años en los que en España aún no había muchas personas extranjeras.

- Al principio, en la familia y entre los amigos surgen los miedos normales a lo desconocido, a lo distinto, al rechazo social. Con el tiempo, esto cambia, se despejan las dudas, los temores. Somos una familia muy numerosa y, entre todos, somos una pareja más.

Dos cabezas curiosas se asoman por la ventana del dormitorio. El mayor tiene ocho años y el pequeño cinco. Hacen muecas y golpean la ventana para llamar la atención. María se levanta y, con gestos, les indica que tienen que permanecer en silencio. Esto nuevamente provoca risas y desaparecen



corriendo por el jardín. Vuelve a sentarse en la cama con las piernas cruzadas y un almohadón entre los brazos para continuar.

- Viajé a Zimbabwe hace unos años, a la aldea dónde nació él y en la que vivió su madre y vive una hermana. En el extremo del continente africano, en un rincón remoto y perdido, me encontré como en casa. Aunque es difícil de creer, su familia es como la tuya o la mía. Se reúnen por las noches a cenar y a charlar, cuentan cuentos, canciones, como nosotros en verano, cuando vamos al norte... Creo que las relaciones humanas las establecemos sobre las mismas bases.

María respira profundamente ante la expresión de mi rostro que denota incredulidad.

- A ver cómo te lo explico para que no creas que te estoy contando un cuento... El ser humano es el mismo aquí que en el punto más remoto del continente africano, son las circunstancias las que cambian, pero no nosotros. Tal vez por eso no me sentía extraña o, lo que es más importante, en ningún momento me hicieron sentir extranjera. En cuanto llegas, todo te envuelve: el aire, los sonidos, los olores... te ayudan a identificarte con el país. Tienes la sensación de que todo sucede como debe ser y te puedo asegurar que no tiene nada que ver con la imagen que tenemos de África... Bueno, alguna vez por la noche soñaba con tambores -María se ríe y despeja el aire con las manos, como alejando una tontería que se le ha cruzado el pensamiento, pero creo que esto es exceso de imaginación.

- Las costumbres, las creencias...

- Es cierto que hay otro concepto de la familia, del tiempo... la relación con la naturaleza te proporciona un sentido distinto del espacio y de la libertad... Pero nada tan diferente que no lo puedas comprender. Por ejemplo, las relaciones humanas son muy solidarias. Allí el respeto por los mayores es muy grande. Ellos son los transmisores de la cultura y de las tradiciones del pasado, dicen que cuando un anciano muere, una parte de la memoria desaparece.

Rescata los recuerdos del viaje para colocarlos uno tras otro como si fueran un camino que me guiara al otro continente. Inclina su cuerpo hacia delante y, con gran serenidad, me transmite sus sensaciones sobre el paisaje, la construcción abierta de las casas, el tiempo que se tarda en preparar las comidas y las miles de actividades que se enlazan, en los días de un poblado sin luz ni agua... Pasa de puntillas por la situación política, la repercusión de la colonización, la independencia del país, las migraciones a las ciudades... y continúa...



- Las relaciones familiares son muy extensas, es difícil sentirse solo. Es otra forma de vivir en la comunidad. Lo que una persona hace repercute en toda la familia y, a la inversa, lo que le ocurre a uno de sus miembros, es responsabilidad de todos. Tal vez por eso, la educación y el cuidado de los hijos es compartido por todos los familiares. La hermana de Trywell fue madre de dos niños en España y casi se vuelve loca, me decía que si estuviéramos en África siempre tendría ayuda, siempre habría alguien junto a ella, y eso a pesar de que son terriblemente respetuosos con el espacio individual de cada uno y son distantes en la demostración del afecto. Tal vez, lo que más te puede extrañar, es el papel de la mujer africana: ocupa un segundo plano en las relaciones sociales y a la vez constituye el tronco de unión de la familia. Bueno, en realidad, no nos extraña tanto, ¿no crees que suena conocido? De cualquier forma, la influencia de la etapa colonial, sobre todo en las ciudades, ha hecho que se esté evolucionando en la misma dirección que occidente.

- He escuchado sin interrumpirla pero no puedo evitar reflexionar en voz alta.

- África está muy lejos geográficamente y culturalmente. Tiene que haber situaciones que no entiendas o que sean diferentes a tu manera de vivir.

- Sí claro, las formas de saludarse, el transcurrir del tiempo, las cuidadas normas de educación, no sé, el sentimiento de pertenecer a una comunidad... En Zimbabwe la tradición es animista, conceden vida a los objetos, las plantas, los animales, pero aún así, nada de esto se interpone entre las personas, cuando tú quieres establecer una relación. Es accesorio, todo tiene una importancia tan relativa. Somos más iguales de lo que podemos imaginar.

Estamos en una casa de una sola planta en un pueblecito lejos de Madrid. A lo largo de los años han vivido en diferentes lugares hasta encontrar la que parece ser su vivienda definitiva. "Un trocito de África" - dijeron riendo los hermanos de Trywell cuando vieron la llanura que se extiende delante del jardín -. Con cierta pereza despierto a María de su ensoñación e intento devolverla a la realidad de aquí. Hace tiempo que no mira la grabadora, los niños juegan y se respira cierta paz.

- Me contaron unas chicas de Camerún que existe una leyenda africana que cuenta cómo cada ser tiene asignado un espíritu que cuida de su vida, es bonito, ¿verdad? Imagino que tus hijos conocerán el país de su padre y su cultura.

María responde resuelta...



- Sí, esa creencia esta extendida en muchos países de África. Es como si cada uno tuviéramos asignado un espíritu que se encarga de protegernos; a veces, siento la necesidad de creerlo. En cuanto a si los chicos conocen la cultura de su padre... pues, no, no mucho. Intentamos transmitirles el sentido de la música, pero porque los dos la vivimos como parte esencial de nuestras vidas, también el respeto a la naturaleza. Llamamos a la familia siempre que podemos pero mira - dice con determinación -, tienen amigos aquí, viven aquí... África está muy lejos para los niños. Lo que deseo para mis hijos es que no sean diferentes a los demás niños. Deseo la igualdad.

Un sentimiento de cautela nos inunda a las dos. Ella baja la mirada y tensa el cuerpo. Hemos llegado a un punto de la conversación en la que las dos sabemos que caminaremos de puntillas sobre las palabras. En su rostro se lee la preocupación y la determinación. Sé que ha pensado mucho sobre ello y tiene las ideas muy claras.

- Creo que es importante que los niños vivan la igualdad, porque lo son, todos lo somos. No entiendo el empeño en resaltar las diferencias, incluso de inventárnoslas. Todo esto termina en estereotipos y prejuicios, en que te juzguen por rasgos que no dicen nada, que no tienen ninguna importancia, como el lugar de origen, la cultura o el color de tu piel... Los prejuicios pueden determinar la posición que tienes que ocupar en la sociedad, pueden influir en lo que los demás piensen de ti y en cómo se relacionan contigo. Esto, que es tan sencillo, no termina de comprenderse y, muchas veces, intentándolo hacer bien, lo hacemos mal.

- ¿A qué te refieres? Hay cierto conflicto entre el respeto a la diferencia y la igualdad. Comparto contigo que la mayoría de las veces, cuando se subraya lo diferente, estamos encasillando a las personas de acuerdo con la imagen preconcebida que tenemos, o las estamos excluyendo, apartándolas de nosotros, colocándolas en otro sitio...

- Me refiero exactamente a esto: creo que las personas queremos existir a los ojos de los demás y que se nos reconozca por lo que somos, sólo por eso. Debemos empezar a construir un mundo en el que todos y todas estemos incluidos, que no sea excluyente. A ver, te pongo un ejemplo. ¿Sabes lo difícil que me resulta encontrar cuentos que hablen también para mis hijos? Cuentos en los que los protagonistas sean niños negros, en los que les pasen cosas estupendas Niños con los que se puedan identificar... Un día me regalaron un libro precioso con unas ilustraciones de niños de todos los colores, en el que se hablaba de que todos somos diferentes pero iguales. Todo iba bien hasta que llegamos a la última página en la que un niño blanco decía con una gran sonrisa



y los brazos bien abiertos: "No todos los niños son blancos como tú". No estaba hablando para todos, ¿comprendes? Estaba hablando para un grupo de niños y niñas, pero no para mis hijos. O por ejemplo, en todos los libros que se escriben sobre solidaridad o respeto, suelen relatar historias donde el niño de otro país sufre muchísimo: se supone que esto te conmueve y reaccionas para ayudarlo. Pero, en primer lugar, estamos hablando continuamente de los otros, ¿entendes? Nosotros somos solidarios con los "otros". Y en segundo lugar, la imagen que estamos transmitiendo de "los otros niños" es tristísima y, además, no es real... -subraya las palabras con fuerza-. ¡Es que no es real! Siempre son historias terribles de niños y niñas que sufren y sí es cierto que existe la injusticia y situaciones extremas pero esta es tan sólo una cara de la moneda, ¿por qué no hablamos nunca de la otra parte de la vida del continente africano? ¿Por qué no aproximamos con palabras como cooperación o intercambio? ¿Es que no tenemos problemas aquí? O...¿Cómo no somos capaces de ver cuanta riqueza cultural, social y humana pueden transmitirnos?

Sé que me está invadiendo el síndrome de la persona occidental que se siente culpable por la forma en que nos posicionamos con el resto del planeta... Intentando salir de la situación de tensión que he creado, vuelvo la cabeza hacia la ventana y pregunto por sus hijos:

- Pero tus hijos son estupendos...

María se ríe y se le pone esa cara entrañable de madre - madrisima -.

- ¿Qué voy a decir yo? Lo que diría cualquier madre: son listos, traviesos, alegres... ¡son maravillosos!

- Y se les ve muy felices. No me recuerdo a mí misma tan segura a su edad - recuerdo el complejo que tenía con aquellas trenzas atadas por lazos de colores y los dientes con aparato -.

- Creo que lo son. Intento trabajar la autoestima, que se sientan orgullosos de cómo son. No es fácil cuando el mundo exterior transmite una imagen distorsionada de las personas que tienen un color de piel diferente. Siempre hay alguien que se encarga de recordarles que son diferentes. Y nadie puede imaginar lo que está ocurriendo en su interior cuando continuamente les obligamos a identificarse con un modelo distinto o que es negativo. Sé que son felices. Tienen amigos y una energía desbordante...

En ese momento el pequeño entra en la habitación y, con un gran salto, se abalanza sobre su madre que, entre cosquillas y caras de enfado, con-



sigue convencerle para que vuelva al jardín. Sonríe. Tienen una energía a prueba de adultos... Continúo tirando de la cuerda; sé el esfuerzo que está haciendo María para hacerme comprender. Elige las palabras con cuidado y, a cada paso, coloca una sensación positiva. No quiere cometer el mismo error y dar sólo una versión de su historia, porque la suya es una historia feliz.

- Los telediarios y los periódicos nos ofrecen una información parcial de la realidad de las personas que inmigran y esto está influyendo continuamente en nuestras percepciones.

- En casa no se ven los telediarios y no entran los periódicos, porque siempre que sale una persona negra se la ve en una situación durísima. A veces provocho un aislamiento de la imagen exterior, porque no quiero que los niños se vean reflejados en un mundo que se ve sólo desde la perspectiva de un color, y porque me toca integrar el otro lado de la película. Es como los negativos de las fotografías, en blanco y negro. No hay fotografía si no integramos toda la gama de colores. Nuestra vida tiene todos los colores, todas las posibilidades. Eso es lo que intentamos compartir.

- Pero María, eso es como decir que os aisláis del mundo y el encuentro es inevitable. Además no debe ser fácil crear las imágenes positivas...

- Para que tengan referentes positivos, como el de su padre o el de sus tíos, hablamos de personas que conocemos o de personas de éxito. Me invento cuentos. Me he pasado la vida reescribiendo los cuentos para que se sintieran uno más. El ser su madre me ha dado la oportunidad de contar la vida desde el otro lado. Yo reinterpreto los cuentos, las leyendas, el mundo... para ellos. Pongo el color negro donde no existe, lo dibujo, lo explico de nuevo para que encuentren su lugar, y creo que no lo hago mal. Tal vez debería escribir... -las dos reímos, pero yo pienso que es una buena idea. Esta mujer tiene la capacidad de nombrar lo que no se ve con una tranquilidad y un sentido del humor que me hace sonreír. Hablamos mucho con los niños sobre lo que no comprenden - sigue María -, como cuando les preguntan de dónde son o cuándo han venido a este país. Ellos vienen a casa extrañados, porque no entienden las preguntas. Generalmente, los problemas los arreglamos con sentido del humor y dosis extra de sentido común. Si un niño les pregunta por el color de su piel, contestan que bebieron mucho colacao, que no se quemaron en verano, y bromeamos sobre ello.

- ¿Por qué el miedo?

-Está desterrado. Nunca, nunca hablamos de racismo o discriminación.



Quiero que vivan sin temor, que vivan una vida normal, seguros. El miedo es algo que tienes presente de forma silenciosa. Puede que, en mucho tiempo, no ocurra nada, pero siempre existe el temor, es algo que está dentro de ti. No quiero que se sientan condicionados por el temor a ser discriminados, quiero verlos crecer libres. Mi papel es ofrecerles un entorno de seguridad, que crezcan en la confianza. Pero porque no hablemos de ello, no deja de existir. A veces pienso que ignorar la discriminación es admitirla, es ser su cómplice. Todos deberíamos ser guardianes y no permitir que esto ocurra. El peligro a hacerte sentir "el otro" existe en la calle, en el metro, en la escuela. ¿Pero cómo combatirlo sin condicionar su vida? Eso es lo complicado. ¿Cómo darles instrumentos para defenderse, a la vez que se está intentando que vivan desde la confianza? Yo soy la guardiana del miedo... es como si fuera su vigía. Estoy alerta para que ellos puedan crecer en paz.

Estamos muy serias las dos. Es difícil hablar de sentimientos que te atraviesan tan profundamente.

- El mundo entero es un conjunto de colores. Imagino que tendremos que cambiar los planteamientos.

-Sí, pero repito, no subrayando las diferencias sino buscando lo que nos hace iguales. Cuando eres niño, lo que quieres es ser uno más, tener amigos, jugar, compartir, ser igual a todos, ya seas rubio, flaco, africano, moreno, negro, latino, gordo, blanco... No es divertido que te señalen como el "otro". Cuando te hacen sentir diferente, terminas teniendo una gran capacidad para ponerte en la piel del que tienes enfrente. Un día, Trywell estaba en un concierto y se refirió a un compañero como "el holandés". El mayor, que tenía seis años, escuchó a su padre y se enfadó mucho. "¿Qué pasa, que no tiene un nombre?", - le dijo -. O si alguien insulta a un compañero refiriéndose a él como gordo o cuatro ojos, se enfadan muchísimo...

- María, ¿y como te gustaría imaginar el futuro? ¿Cómo crees que será?

- Un futuro en el que las personas no sean juzgadas por el color de su piel o su origen. Un futuro en el que no te sientas expuesto a las miradas del mundo. Un futuro sin miedo. Un futuro en el que todos estemos presentes. Un futuro con toda la gama de colores.

Me cuesta mucho expresar lo que me transmite esta mujer cálida y valiente... Desde el jardín llegan las risas y el sonido de los juegos. La casa es muy luminosa y espaciosa, por todas partes hay recuerdos de África, instrumentos musicales, juguetes,... los perros que se enredan en las piernas. Las dos



salimos como de un sueño cuando Trywell exclama "¡Hombre!", al aparecer por la puerta del dormitorio. Abre los brazos y me saluda cariñosamente. Ahora que no me oye María, tengo que decir que es muy, muy elegante y muy guapo... Al llegar bromeamos con eso. María dice que todo el espacio del armario, lo ocupa él. Al verle aparecer con el abrigo marrón, la cartera en la mano y esa gran sonrisa, sólo se me ocurre pensar que el espacio del armario está bien empleado...

- ¡Cuánto bueno! - dice riendo-

- Estamos hablando de África - comenta María -.

Pregunto si no le importa que le haga unas preguntas y él contesta que está encantado. Se sienta en el borde de la cama. El tiempo de la tarde se acaba. Pronto llegarán los baños y la cena; hay que aprovechar los últimos instantes de "intimidad". Trywell comenta que cuando no encuentra manera de hablar con María, porque los niños están siempre encima reclamando su atención, tiene prácticamente que pedir cita para hablar con ella. " ¡No entienden que además de ser su madre, es mi compañera...! " Las dos nos echamos a reír ante la cara de desconsuelo que pone. Trywell habla con esa voz tan personal y María escucha en silencio.

- Eres ciudadano español, tienes el DNI, ¿te sientes parte de este país?

- Me siento español y africano, argentino... británico. Soy el resultado de todas las culturas que he vivido. En mi caso no es una cultura puramente africana, yo he tenido muchas mezclas de culturas. No he perdido mis raíces de Zimbabwe, pero en mí, integro una fusión de todas las culturas.

- Pero la cultura del país, los valores...

- Es que no eres la cultura, sino lo que vas aprendiendo de ella: son las experiencias, los valores por lo que vas optando. ¿Qué es ser africano? ¿Qué es ser español? Cuando estoy en España, me siento de este lugar; cuando voy a África formo parte de allí. Ser inmigrante es un papel, una idea, es algo abstracto. Yo soy el mismo en todos los sitios y aprendo de todos. No he cambiado nada por tener el DNI español. ¡Hombre, claro que todo es más fácil! No tengo los problemas que tenía al principio para trabajar, buscar una vivienda, votar. Tengo derechos como ciudadano, que no tendría sin el DNI y esto es muy, pero que muy importante. Pero mi forma de sentir y de ser, no es distinta aquí que en África, son papeles. Pertenece al lugar en el que está nuestra vida en cada instante.

- Pero imagino que el hecho de emigrar ha contribuido a lo que tú eres...

- Sí, mucho. Ser inmigrante me ha enseñado a observar, a escuchar. Tienes tu concepto de la realidad, tus valores, a la vez que aprendes a respetar y convivir. Eso no quiere decir que te fundas y desaparezcas. Tú haces tu aportación, tienes que hacer el esfuerzo por adaptarte a esta realidad dando algo de ti. Cuando llego a un lugar, instintivamente, paso mucho tiempo observando. Ir a África es aprender de nuevo. En las ciudades las diferencias son menos, pero en la aldea recupero el lenguaje de la infancia, las formas de saludar...

- Entonces África también está aquí...

- Está en mí, en mis recuerdos, en la composición de la música. Fíjate que todas las canciones que compongo tienen que ver con el traslado, con el movimiento; hablan del viaje, de emigrar a otro país, y de recuerdos de África... - nada más llegar a Madrid, tuve la oportunidad de escucharle cantar, en un pequeño café, una canción construida sobre el sonido de un tren que se aleja -. Con mi música intento mostrar el África que yo conozco. Hace que la gente conozca la otra cara del inmigrante, las ricas raíces del pueblo africano.

- Perdona que insista Trywell, pero la diferencia entre tener la nacionalidad española o no tenerla es abismal. La vida de muchas personas está condicionada por los papeles, ¿tú te sientes inmigrante?

- Llegué hace quince años a España y, aunque la situación era mucho mejor que la de ahora, no fue fácil. Tengo trabajo, una casa, una vida cómoda, pero de la misma forma podría tener las dificultades que tienen muchas personas que vienen hoy a este país. Por eso, si escucho hablar de los inmigrantes como "los otros", yo digo: "yo soy inmigrante". Soy parte de los "otros" porque en mí también hay un inmigrante.

- Sé que esto es difícil de contestar: Trywell, ¿tú te sientes diferente?

Trywell se ríe y, con mucha tranquilidad, contesta:

- La diferencia siempre la perciben los otros, no tú. Sólo cuando me miro al espejo me digo: "tienes la piel negra". Todo lo demás es igual.

María le interrumpe para contarme la situación inversa...

- Cuando estuve en África, la mayoría de las ocasiones era la única persona blanca, pero yo no me daba cuenta, no lo piensas. Recuerdo una vez que

viajaba a la aldea, en un autobús. En una parada se subió un hombre blanco. Había mucha gente, pero aquel hombre recorrió todo el autobús hasta llegar a mi lado y decirme hola en inglés. "¿Por qué se dirige a mí?" Me pregunté. Tardé un poco en encontrar la respuesta. "¡Ahhhhhhh, porque soy blanca...!" Éramos los únicos blancos, pero yo no me sentía diferente, es algo que no piensas. Son los demás quienes te recuerdan que lo eres. Por lo menos yo me sentía un elemento más del entorno que mis ojos veían, y claro, no me veía a mí misma, ni por supuesto me percibía como distinta a nadie. En este caso fue este señor el que me recordó cómo era yo.

- Si pudieras hablar con los jóvenes, ¿qué les dirías?.

- Que conversen. Creo que esto es importante. Cuando te acercas a personas que vienen de otros países, descubres que no hay tantas diferencias. Las vivencias que te puede transmitir una persona que ha emigrado vale más que todas las teorías. Los educadores tenemos un papel primordial en los cambios sociales. Debemos guiar a la juventud y a la sociedad hacia el desarrollo de mentes más críticas con la información manipulada que manejamos a diario. Hoy día está de moda hablar de la interculturalidad. Tendríamos que analizar si, de verdad, nos encontramos con un profesorado preparado para transmitir esos valores, si se ha contado con los educadores o profesionales inmigrantes expertos en la materia o si es que se va a trabajar, solamente, desde un enfoque teórico, de las supuestas necesidades de los inmigrantes.

- A mí me gustaría decir a los jóvenes - añade María -, que no se dejen contagiar, los prejuicios son contagiosos y contra ellos debemos vacunarnos. A los jóvenes que sientan el duro peso de las consecuencias de ello, les diría que traten de fortalecer su interior. El insulto o el prejuicio no pertenecen al agraviado, sin embargo, sí dice mucho del que los emite.

Los niños asoman la cabeza por la puerta. Ahora sí que ya no hay más prórrogas. Es tarde, tienen hambre y el rapto dura demasiado. Me vuelvo hacia Trywell y le digo:

- Hablas de conocer otras culturas. ¿Qué es lo más importante que has aprendido en España?

Guarda silencio por unos instantes. María y yo le observamos expectantes. Acercándose a mí y rodeándome con cariño con los brazos, me dice...

- He aprendido a abrazar.

Cuento africano

La Cebra

Hace muchos, muchos años, la cebra era de color verde como las hojas de los árboles. El verde era tan bonito que al despertarse por la mañana, las gotas de rocío que se deslizaban sobre su lomo reflejaban el azul del cielo. Sin embargo, la cebra solía refunfuñar a menudo cuando sus amigos no la distinguían entre la maleza y no la llamaban para jugar.

Un día que estaba llorando amargamente, tumbada en el verdor de la pradera, se le apareció un genio del bosque:

- Amiga cebra ¿por qué lloras?

La cebra miró, desconcertada, pues no estaba acostumbrada a que la distinguieran entre la hierba, donde solía esconderse cuando estaba triste.

- ¿Loro porque estoy cansada de tener este color verde. Nadie me ve, no consigo llamar la atención. Cuando jugamos al escondite nadie corre detrás de mí para alcanzarme.

- No llores más, cebra. Yo tengo una solución. Te voy a conceder un deseo: piensa en un color bonito y te pintaré de él. Esta noche, a las doce en punto, volveré y entonces deberás decírmelo. Eso sí, piénsalo muy bien, porque la única condición que te pongo es que sea para siempre.

La cebra se puso muy contenta y dejó de llorar.

- ¿De qué color sería bonito ser? - pensaba la cebra -. Podría ser amarilla, es un color muy, muy bonito y alegre. Claro que si fuera amarilla, me podrían confundir con los girasoles.

- Podría ser rosa, ¡sí!, rosa fucsia. Aunque... si fuera rosa fucsia, llamaría tanto la atención que los cazadores vendrían a por mí, atraídos por mi color. No, pensándolo bien es demasiado peligroso.

Y, repasando los colores, fueron pasando las horas mientras reflexionaba sobre los pros y los contras de cada uno. Había repasado todos los colores que había imaginado y no le convencía ninguno. Por fin, se le ocurrió algo estupendo:

- ¡Podría ser negra!, - pensó -. El negro quedaría precioso sobre mi lomo y brillaría cuando el sol me diera al atardecer, al correr y saltar con mis amigos por la sabana.

- Pero, estoy pensando que en verano tendré demasiado calor, porque el negro absorbe la luz solar. Bueno... pues ¡podría ser blanca!, - pensó ahora la cebra -, así, si me pierdo de noche, todo el mundo me verá en la oscuridad, aunque, pensándolo bien, cuando me bañe en el río y me rebote en el barro y la tierra para secarme, me quedará muy sucia y todo el mundo lo notará. No, mejor negra - cambiaba de opinión la cebra -, porque, aunque en verano pase calor, en invierno no tendré frío y cuando el sol me caliente, lo absorberé todo, todo. El negro es elegante y trataré a paso fino por la pradera, y los demás chicos no podrán evitar mirarme, y además podré esconderme de noche, si no quiero que me vean, aunque si me pierdo en la oscuridad, tal vez los demás no puedan verme y eso me da miedo. Entonces... ¡Blanca! de noche tal vez no pueda esconderme, pero el sol alumbrará mi cara recién lavada por la mañana...

Sin darse cuenta, habían dado las doce de la noche y, cambiando en sus deseos de un color a otro, el genio apareció y le dijo:

- Hola cebra, vengo para cumplir mi promesa, ¿cuál es el color que has escogido?

Y la cebra empezó:

- Negra por esto, y esto y esto, blanca por esto y esto y esto

- Y así, el genio fue dibujando el cuerpo de la cebra y dibujó tantas rayas blancas y negras como cuantas veces la cebra cambió de opinión.

Cuando a la mañana siguiente la cebra fue al río para beber agua y se vio reflejada con un pijama a rayas, se echó nuevamente a llorar y se lamentó amargamente todo el día. Al anochecer el genio volvió a aparecerse y le dijo:

-Y ahora, ¿por qué lloras, amiga cebra?

- Porque yo quería ser blanca, bueno negra, en realidad amarilla..., pero no a rayas.

El genio con gran sabiduría le respondió:

- Tu eras bella siendo verde y pasando inadvertida entre los árboles. Sin embargo, empeñada en cambiar tu color, no has sido capaz de darte cuenta de ello. Ahora, piensa en tus bonitas rayas, parece que fueras vestida con un jersey, además podrás tener calor en invierno y frío en verano, y si te ensucias al secarte en la tierra, no se notará tanto. Tus amigos te distinguirán al correr por las pradera y si te pierdes en la oscuridad, no te preocupes porque te encontrarán.

Así es que desde entonces, nuestras queridas amigas las cebras lucen, orgullosas, sus cuerpos a rayas cuando corren, ágiles y juguetonas por la sabana africana.

Autora: Olga Villa





CANCIÓN DE JOSEPH SIANKOPE
MUNYIKA YABANU BOSE (UN MUNDO PARA TODOS)
 Disco ZIMBABWE Mestizaje de ritmos étnicos. Several Records.

Miro al cielo,
 para contemplar las estrellas.
 Mi corazón está lejos,
 en esta noche oscura.
 Me pregunto
 que con todas las cosas
 tan bellas que nos rodean
 por qué tenemos tantas guerras.

Hay un lugar
 para todos en el mundo
 Como lo hay para las estrellas
 que alumbran el cielo.

Al salir la luna,
 me traslado mentalmente a casa,
 donde se encuentra durmiendo mi hijo.
 Duerme en un mundo que desconoce,
 su mundo está lleno de inocencia.



Ndakaringa pezhuru ndika
 bone nyenyeki
 Zhuba lakangaramira moyo
 wangu wakenda kure

Ndoso bhuza kuti nezwinu zose zu
 Zwakawanda indaba tine wondo.

Munyika munokwana banu bose
 sé nyenyeki jipo pe zhuru.

Waka bhuda Mweji
 Ndikayeya mwanangu kusha
 wakaberirere
 Munyika yasinoziba.



6. El exilio. Relato de Alba Lucía, de Colombia. 

Cuando la ONG llegó al corazón de la selva colombiana hicieron un cuidadoso estudio de la situación de la comunidad indígena. Pusieron todo el interés en observar sus tradiciones, entender su historia e integrarse en la colectividad. En poco tiempo, el equipo estaba preparado para ofrecer su diagnóstico.

El informe, realizado rigurosamente, confirmó que las casas en las que vivían los indígenas no reunían las condiciones de salubridad e higiene suficientes: paredes carcomidas por la humedad, suelos plagados de hierbas, ventanas rotas que dejaban pasar el frío y el calor extremo, puertas roídas por la carcoma. Las enredaderas, raíces y musgo agrietaban las construcciones como si la selva quisiera aprisionarlas en el follaje salvaje y hacerlas suyas.

La ONG holandesa contrató a uno de los mejores arquitectos, especializado en cooperación al desarrollo, y durante seis duros meses de trabajo diseñaron una vivienda que se adaptara perfectamente tanto al medio ambiente, como a los usos y costumbres de aquellos que serían sus habitantes. Estudiaron sus necesidades y tuvieron presente todas las variables, de forma que, no solo no se alterara el ecosistema, sino que las viviendas resistieran las peores situaciones climatológicas y el paso de los años. “Una casa para los hijos de vuestros hijos y los hijos de estos”, dijo el arquitecto muy seriamente.



Una vez finalizado el proyecto llegó el día en que debía ser presentado a la comunidad. El equipo preparó grandes carteles con dibujos donde se exponía con claridad y sencillez la forma de la vivienda, los materiales en que se construirían y las funciones de cada espacio. Los esquemas incluían retratos a carboncillo de los indígenas.

Sentados en círculo, al lado del árbol milenario, todos los hombres y mujeres de la comunidad escuchaban al equipo con un respetuoso silencio. Fueron tres horas de información cuidadosamente comentada en la que hicieron referencia a la forma de vida de la comunidad y a los beneficios de este tipo de construcción.

Al terminar, el arquitecto preguntó si había alguna duda. La mujer más anciana, la portadora de la palabra de la comunidad, se levantó lentamente y dirigiéndose a los extranjeros les dio las gracias por su narración. Los miembros del equipo agradecieron sus palabras sonriendo complacidos por el trabajo bien hecho. La anciana, con gran serenidad, prosiguió:

- Las casas tienen vida. El techo es la cabellera, cae cuando envejece. Las ventanas, los ojos, se cierran cuando llega el tiempo del sueño. Las paredes, la piel, se agrieta con el paso de los años. Las puertas, la boca, guarda silencio en el adiós. Las casas nacen, viven y mueren. Retornan a la selva. Nos señalan la hora de la partida cuando fallecen. Ni la tierra, ni la madera, ni las plantas nos pertenecen. La selva nos deja vivir en un lugar por un tiempo determinado. Cuando el tiempo ha acabado, la selva se apropia de nuevo de lo que es suyo. La madera, la techumbre, regresa dormida a la tierra que la engendró para volver a retornar muchos años después. -La anciana guardó silencio un instante para luego continuar hablando con calma-. Las casas se están muriendo. La selva nos dice que debemos partir.

Los hombres y mujeres de la comunidad se levantaron pacíficamente y alejándose del árbol milenario regresaron a sus quehaceres. Semanas después, la comunidad se encaminaba a un nuevo lugar de la selva para construir nuevas casas y habitarlas. Alba Lucía, que participó como miembro del equipo en este programa de cooperación al desarrollo, me lo contaba entre risas.

- ¡Quise que me tragara la selva! Después de tantos meses... y no puedes imaginarte lo que trabajamos. Pero a nadie se le ocurrió preguntar a las personas de la comunidad qué es lo que querían. ¿Te imaginas qué ridículo? ¡Delante de toda esa gente hablando y hablando y ellos nos escucharon durante horas sin decir nada!



Son las doce de la noche. Sandra y yo estamos sentadas en el balcón de mi casa con las piernas entre los barrotes, balanceándolas al aire. Hace una noche muy buena para ser febrero y estamos agotadas de tanto estudiar. Sandra come una naranja mientras distraídamente observa el ir y venir de la calle.

- ¿Y dónde conociste a Alba Lucía? - Me pregunta volviéndose hacia mí. Sabemos prácticamente todo la una de la otra. Desde que llegué a la universidad nos hemos hecho inseparables y se sorprende cuando descubre que tengo otra vida fuera de la facultad y de su alcance -.

- ¡Pero si te lo conté! Fue por el trabajo de filosofía en el que estoy entrevistando a personas que han emigrado, como yo. La conocí en la Plaza de España. Estábamos sentadas en el mismo banco y empezamos a conversar.

- Ummmmmmmm - murmura, siguiendo el recorrido de un trozo de piel de naranja que desciende hasta el suelo de la calle -.

- Te gustará Alba Lucía, ya lo verás. Trabajaba con comunidades indígenas, realizó estudios de Antropología e hizo varias investigaciones en Colombia. Tenía una vida con un trabajo estable, una cómoda casa, estudios, amigos... Hasta que un día, sin habérselo propuesto, sin haberlo querido, sin haberlo ni siquiera imaginado, tuvo que salir del país protegida por la Cruz Roja y la policía. No pudo traerse más que una pequeña maleta con lo imprescindible. Lo que no dejó atrás son sus relatos. Cuenta las cosas de forma que vives cada instante, sientes los olores, las risas, los colores... y siempre se está riendo. Ríe abiertamente a la menor oportunidad. Me encanta escucharla hablar a pesar de que hay días en los que el sinsentido de lo que vive le atenaza la garganta. ¡Sandra! ¿Me estás escuchando?

- ¡Que sí, que te escucho! Estaba pensando. ¿Por qué tuvo que abandonar el país con tanta prisa? ¿Qué ocurrió? Es que te da por ponerte literaria y no me cuentas lo importante, ¿qué le obligó a venir a España?

- Vale, ¿así que me pongo literaria? Te cuento: Alba trabajaba en el ayuntamiento con colectivos de mujeres. La situación en Colombia está muy mal. Las guerrillas, el ejército, los paramilitares, la injusticia social... Es un país que vive a caballo del miedo. Una mañana, cuando ella iba a trabajar, la intentaron secuestrar. Estaba en una lista amenazada de muerte. La gente que pasaba por la calle impidió que se la llevaran en una furgoneta y no regresara. En veinticuatro horas volaba a un país en el que no conocía a nadie. Atrás quedaban su familia, sus hermanos, sus cosas, sus libros, la ropa, el tocadiscos, las cartas, las fotografías... su vida.



Por unos instantes las dos guardamos silencio. Abajo, en la calle, una mujer baja de un coche, una niña pasea a su perro, una pareja se besa en una esquina... y en otro lugar del planeta...

- ¡Ay! - Sandra me toca el hombro -.

- ¡Ehhhhh! - Me dice -. Sigue contando.

- Bueno, es muy, muy valiente, llegó a España como exiliada. Durante dos meses tuvo ayuda oficial: una vivienda compartida y un poco de dinero. Cuando acabó se puso a trabajar como ayudante de albañil. Ella lo cuenta riéndose, porque nunca había hecho nada así. ¿Te imaginas que mañana despertaras en un país distinto, sola y teniendo que buscarte la vida sin conocer nada? Yo creo que no sabría...

- Bueno, tú has emigrado, ¿no?

- Sí, pero con mi familia. No tiene comparación, y fue por voluntad propia, no porque nos obligaran a abandonar el país. Imagino que se debe estar preguntando por qué le ha ocurrido a ella. Eso es lo que me más me impresiona. Ha vuelto a empezar, ¿entiendes? Tiene una fuerza tremenda y la voluntad de conseguir realizar sus sueños... ¡Sandra! ¡Haz el favor de atarte el zapato porque se te va a caer! ¡Oye! ¿Me estás escuchando?

Sandra se vuelve y sonríe.

- Que sí, que sí te escucho. Es que cuando me cuentas esto no sé muy bien cómo reaccionar. Me pongo nerviosa, me dan ganas, no sé, de gritar, de hacer algo Ana, ¿pero qué es exactamente ser un exiliado?

- Pues tener que salir de tu país porque tu vida corre peligro, porque sufres persecución o son vulnerados tus derechos humanos fundamentales. Para que le dieran el estatus de refugiada, Alba Lucía ha tenido que demostrarlo y pasar por un verdadero infierno. Aún así, las ayudas que el gobierno le ha proporcionado han sido sólo por un tiempo y muy limitadas.

- ¿Y puede trabajar?

- Sí, tiene los papeles de residencia y trabajo, pero mira Sandra, ella dice que la hacen sentir y se siente extranjera. Tiene los papeles, sí, pero hay muy pocos trabajos a los que pueda optar. Ha vivido situaciones muy difíciles en



España. Siempre hay alguien que le recuerda que es extranjera. Me entra una indignación que no puedes imaginar. No puede vivir en su país, se ve obligada a huir y en vez de apoyarla, se tiene que ganar un sitio aquí centímetro a centímetro. Me parece muy injusto.

- Si te pones tan seria vamos a terminar gritando las dos... - Sandra me ofrece un gajo de naranja y me dice que continúe -. Venga, sigue contando, ¿le gusta España?

- Ummm, ¡creo que sí! Me contaba que cuando llegó le chocaban muchas cosas... Estuvo duchándose agachada debajo del grifo de la bañera durante días porque en su país no hay manillas como las de aquí. Hasta que le dijeron cómo hacer para que el agua saliera por la ducha, sonreímos-. Y cuando le decían "venga" al despedirse de una persona, ella entendía que le decían "ven" y no terminaba nunca de irse. Otra de las cosas curiosas que me contó es que envió gel de baño a su madre porque en Colombia utilizan jabón en pastilla. En una carta, su madre le daba las gracias por la crema, pero le decía que prefería no utilizarla porque se le hacían burbujas todo el día en la piel... ¡Creía que era crema de manos! No sé, te cuenta todo con mucho sentido del humor. Me dice que los españoles tenemos una forma de hablar muy brusca y que siempre tiene la sensación de que estamos enfadados. Pero creo que si no fuera por todas las barreras que le ponemos, podría volver a vivir de nuevo.

Mira, he escrito un texto precioso sobre su llegada a España. Creo que te va a gustar. Ahora estudiamos un ratito y luego lo lees, ¿vale? Yo lo llevo fatal... me quedan todavía tres temas.

Me desperezo y me levanto del suelo. Sandra, que lleva tiempo mirando la calle con la cabeza metida entre los barrotes del balcón, lanza un gruñido al no poder sacarla.

- ¡No puedo salir de los barrotes! -Me dice angustiada...-

- Eso te pasa por estudiar tanto, ¿ves? La cabeza se te ha llenado de cosas aprendidas de memoria y se te ha hinchado como una pelota. Ummmm, no sé si dejarte ahí el resto de la noche. ¿Sabes? Lo único sensato que has dicho hoy es que deberíamos hacer algo para cambiar la situación de las personas que emigran. A lo mejor, si piensas sobre ello, tu cabeza vuelve a recuperar su tamaño normal y puedes salir...



“ Siempre pensé que no iba a salir de Colombia pero hubo un momento de crisis por las circunstancias políticas... Me ví en una situación muy difícil y tuve que venir. De algunos amigos ni me alcancé a despedir... Colombia tiene, a pesar del desequilibrio social, gente muy linda. La calidez de nuestra gente hace más bella Colombia... Yo pienso que la gente es la que embellece los sitios, allá donde estés...”

Laura

La historia de Alba Lucía

El verano me obliga a salir me invita a recorrer este Madrid tan nuestro pero tan ajeno. Cada día me parece que la diversidad es más notoria. No lo digo solo por los turistas de Gran Vía y Plaza España. Ahora me detengo en los rostros, en las pieles, esa manía antigua que aprendí de mi abuela de descobijar la piel y hacer juegos con lo que me dicen los ojos, las manos, los cuerpos, sin decir. Así coincidí con ella mientras nos permitíamos el placer del agua al lado de aquella gran fuente. Tenía la sonrisa plena como solo la tienen las mujeres a los 20 años, pero los han usado bien y son muchos los caminos marcados en la vida y en la memoria. Se destacaba entre los demás por el colorido de su ropa y el bullicio de sus pulseras cuando levantaba la mano para decir adiós a quien le saludaba. Eso me condujo a pensar que nos veríamos otras veces. Vivíamos en la misma zona y compartíamos el gusto por aquella fuente; la seguí viendo y, nuevamente, aquel impulso a descobijar pieles para encontrar historias me regaló una amiga.

Me abrió su corazón y su cómoda, construyó el día a día con sus recuerdos convirtiendo en relato aquello que había quedado allí, lejos en la geografía, pero siempre presente en su corazón. Alba Lucía venía de Colombia. Debo confesar que mi cultura general no me ofrecía mucha información sobre esta esquina de Sudamérica, pero ese mismo desconocimiento me permitió recibir todo lo dicho. Con la sorpresa de un niño cuando conoce el mar, y digo el mar porque Alba lo imitaba en su quietud aparente pero inmensidad interna. Había nacido en Cali, a dos horas del mar y vino a España. Ella lo decía contundente y seria, como si allí se le quedara la vida: "La decisión se impuso sola, en mi país conviven las ganas de vivir y el absoluto desprecio por la vida". Y como a ella las ganas de vivir le sobraban, una tarde salió de casa y no pudo regresar. La situación tocó límites: las amenazas por su trabajo político y el compromiso de su familia por el trabajo comunitario les obligaron a dejar sus sueños, sus construcciones. Los días de persecución le habían enseñado que la violencia y el miedo paraliza, genera sentimientos de impotencia, divide. Y así, dejó en casa el libro abierto, su aparato de música encendido, las fotografías en blanco y negro de rostros y lugares añorados que, paradójicamente, hoy le dan color a sus recuerdos. Y partió sin despedidas, preparativos, ni beca o bolsa turística como pensó algún día en su época de estudiante, en su amada Facultad de Humanidades. Vendría a Europa.

“Mirá, ¡que susto tan verriondo!”, dice con frecuencia reclinando su cabeza sobre mi hombro. A la vez, me ofrece una bebida de color marrón, dulce, en la que aparecen como trofeos pedacitos de piña y granos de maíz y una fruta exótica llamada lulo; las acompaña con empanadas.



Inundan el aire las letras de una melodía que es himno en casa de Alba:

A mí deme un aguardiente,
un aguardiente de caña,
de las cañas de mis valles,
y el anís de mis montañas.

No me dé trago extranjero,
que es caro y no sabe a bueno,
porque yo quiero siempre,
lo de mi tierra primero.

¡Ay! ¡Qué orgulloso me siento,
de haber nacido en mi pueblo!

A mí cánteme un bambuco,
de esos que llegan al alma,
cantos que ya me alegraban,
cuando apenas decía mama.

Lo demás será bonito,
pero el corazón no salta,
como cuando a mí me cantan
una canción Colombiana.

¡Ay! ¡Qué orgulloso me siento,
de haber nacido en mi patria!

Y para mí una muchacha,
aperladita, morena,
o una rubia de ojos claros,
de suave piel montañera.

Muchachas música y trago
de la sierra o de mi llano.

Canción: "SOY COLOMBIANO"

Autor: Rafael Godoy

Ritmo: Bambuco



Cuando le digo que me hable de su viaje dice:

- El viaje fue largo y agotador, noviembre se veía perfilar en sus primeros días y Cali se alegraba con las notas de salsa que inundan sus calles porque allí, a pesar de la tragedia y el desangre, se sueña y se baila.

En su maleta traía además de toda la convicción de abrirse espacios, poca ropa adecuada para el viento inclemente y gris que ofrece Barajas en un día de otoño. Este fue su primer remezón; su cuerpo, acostumbrado a la tibieza de 30 grados centígrados, sintió, como una cascada de agua fría, el viento que le llegaba hasta los huesos. La soledad que antes le resultaba cómplice, ahora le asustaba. Sus pies parecían no responderle a seguir, sus manos echaban de menos sus pertenencias, y se abrazaba a sí misma como si algún demonio se empeñara en recordarle lo evidente. Estaba sola, no conocía a nadie, tan solo tenía la dirección de una familia que conoció una amiga suya con anterioridad, y a ella le pareció que podían ayudarla. Se decidió y llamó. Vinieron a buscarla, y ahora su conflicto era cómo narrar a quien no conoce mayor sobresalto en su vida que el de los atascos en fin de semana y el desagrado de quien pierde la vez en el supermercado, que su país no garantiza la libertad de pensamiento, la crisis económica se agudiza, las posibilidades de vivir dignamente se agotan y hay una sombra que se apodera poco a poco de aquel paisaje rico en diversidad de flora y fauna, la violencia es desmedida, la degradación del conflicto del desplazamiento forzado tiene cifras escandalosas y cada vez tiende a aumentar, que el conflicto político armado en Colombia es el más antiguo del continente y es el único aún sin solución a la vista...

La tarde caía y el desconcierto aumentaba. En su país, las calles y las puertas se reconocen con números. Aquí, la originalidad de los nombres que tienen las calles, le arrancan sonrisas.

Esa familia le acogió, le permitió quedarse, se hizo una más de ellos. Le avergonzaba su comodidad ante las penurias de otros compatriotas y dice:

-Aunque cada uno cuente la feria según como le vaya en ella, no quiero perder de vista que no importa qué nos haya motivado a venir aquí, nuestras ausencias y añoranzas son las mismas.

En aquella casa todo le parecía ajeno, extraño. Su cuerpo se acostumbró a nuevas sensaciones que generan las estaciones. Los olores, los colores, las texturas eran otras, pero su mente joven y su disponibilidad para continuar se acomodaron, dieron el salto.



Con lo que nunca media es con el tono alto y “las conversaciones en montonera” que tenemos en los bares. Ella, con su tono suave, escucha y siempre espera ser escuchada; habla de tal modo que parece que las palabras danzan, se recrea en las descripciones, en los detalles.

Cuando puede, habla y habla sin cansancio, como si este ejercicio le reconciliara consigo y con sus melancolías. Aunque dice que a Colombia volverá de paseo, siente que, día a día, se ha ido convirtiendo en un ser entre dos mundos y, aunque ama el otro, prefiere quedarse en este, no se siente infiel a su patria, solo considera que a su edad hay que estar donde hay oportunidades y aquí se las ha ido construyendo.

Atesora escritos y papeles multicolores enviados por amigos y amigas a España. Me sorprende que en la época de la informática todavía haya quien prefiera asaltar la intimidad del buzón con una carga de letras amontonadas para contar lo que pasa al otro lado del océano. Le envían frases bellas y sentidas, y ambas lamentamos que los seres humanos seamos capaces de decir esto sólo ante algo tan infranqueable como la ausencia y la distancia.

[...] Te envió un mensaje de optimismo y esperanza por una nueva vida, sé que sos una mujer fuerte. Oye, no olvides las sabias palabras de la canción de la Orquesta Cubana NG La Banda: "Oye, quítate lo malo, échalo pa' llá". Te envió un regalo que espero te guste y te sea útil, es una forma de hacer presencia en la distancia. Ahí escondido va un pedacito de Cali, del Cali lindo que nos enamora [...]

[...] Desde que te fuiste he sentido que he aprendido muchas cosas y que incluso he podido ver claramente la cara de mis miedos, entender los tuyos. Seguramente mañana podremos tomar distancia pero recuerda que todos tenemos misiones tú eres una franca incitadora de vida [...]

Es usuaria de internet como cualquier joven de su edad, pero sus manos vuelan, adornando hojas, haciendo tarjetas, pegando flores para contar cómo es la Madre Patria o la Madrastra, como ella la llama cuando sabe de injusticias hacia personas cercanas.

Su madre le envía cartas cada mes contándole de su trabajo como enfermera; la suya en Colombia, la mía en Alemania; la de ella ahora, la mía antes. Tal vez nunca se crucen pero convergen en habernos enseñado a ambas el amar a los demás. También cuenta noticias de su país y del resto de su fami-



lia. La última carta siempre la lleva en su bolso con una foto en compañía de su madre, de cuando fueron a conocer el mar.

Heredó de su madre sus grandes ojos negros, que parecen ocupar el total de su cara. Ríe alborotada y dice:

-¿Me creerías si te digo que mi país es muy rico? Fijate, esta playa está en el Pacífico, su arena es marrón. Mi madre construía conmigo túneles en el espacio que dejaban pasar las olas en su vaivén y jugábamos a que una emisaria acuática, vestida con un traje rojo luminoso de mil bolsillos, llevaba mensajes, poesías de mujeres entrañables o biografías de mujeres reconocidas en la historia de mi país, a otras playas.

Sus ojos se llenan de lágrimas, retira lentamente el cabello que ha caído sobre su rostro al agachar la cabeza, y recita de memoria un poema diciendo en tono bajo y suave: “era la preferida de las tres”.

SE SIENTE BIEN (a propósito de las mujeres que queremos vivir)

Qué bien se siente oírme la voz,
mirar a lo ojos,
sonreír a los hombres sin miedo a censuras,
sonreírle a las mujeres
sin que me digan loca.

Qué bien se siente tener un cuerpo,
expresarme en él y con él sin puritanismos,
con la convicción certera de que es mío,
con la dicha inmensa de ser mujer.

Qué bien se siente rozar el codo de alguien
y saber que se está viva,
o dar un beso en la mejilla
al comenzar el día.

Qué bien me siento siendo lo que soy,
aunque no a todos les guste mi identidad,
como por ejemplo:

Mi forma de sentir
(porque siento en plenitud)
mi forma de pensar
(por tener cerebro de mujer)
mis ilusiones
(por esta rara imaginación)
mis risas
(que más bien son carcajadas)
mi cuerpo
(que es como el de cualquier mujer,
aunque no muy "impresionante")
mis manos
(porque se atreven a hacer de todo
y tocar todo).
En fin,
en fin,
se siente bien
porque me invade la dulce sensación
de saberse humana, de ser mujer y estar viva
(aunque muchos me quieran
convencer de lo contrario).

¡Se siente muy bien...!

María Quetzal

Cuando quedo con Alba Lucía para tomar café, y descargarnos de nuestros triunfos y pesares, coincidimos en anotar que cada día el paisaje humano es más diverso. Hombres de diferentes nacionalidades que van y vienen, mujeres jóvenes que recogen niños y cuidan ancianos. Ejércitos que aparecen y desaparecen al paso raudo del metro, esta serpiente metálica, ruidosa, que aloja en sus andenes "economía subterránea", música en CD, guitarras, flautas, quenás, voces andinas que consiguen que Alba Lucía adivine títulos de canciones y la nacionalidad de los artistas; me pregunto, ¿por qué no dejarnos permear por sus notas, su dulzura, su tesón por la vida? Ahora están en nuestras casas, mercados, transportes, institutos, universidades y un sin número de lugares más.

Educen a nuestros hijos e hijas atendiéndoles, acompañándoles, y dándoles el amor que tienen guardado para los hijos que algún día vendrán con la ganancia del trabajo que les brindamos.

Terminar la universidad y subsistir con el escaso dinero de la beca de la cual disfruta, es una de sus mayores preocupaciones. Pasa su tiempo entre cursos, eventos de mujeres e inmigración, a veces consigue asistir a lugares donde le hablen de los dos temas. En los otros, ella se encarga de volver el binomio reflexión obligada.

Trabaja por horas para nivelar su presupuesto y poder enviar a su madre algún dinero que le permita seguir pagando el correo y el lujo de llamarse de vez en cuando; Alba Lucía persiste en la idea de que su madre y su familia no conozcan de las penurias y melancolías que ella tiene aquí. Prefiere compartirlas con sus amigas y amigos de aquí y de allí; los de aquí le apoyan y acompañan, creo que los de allí miran este país a través de sus ojos y su palabras.

Tiene un amor del cual no habla mucho, pero le trastorna su cotidianidad. Esto lo percibo cuando hace, entre bromas e indignación, una larga lista de diferencias y similitudes de tener un novio en España a uno en Colombia.

- Ana, ustedes...

Le interrumpo diciéndole: " no me llames de usted "

- Vos me entendés, el peso de la cultura - y ríe... -. Ustedes son más libres, tienen unas relaciones más independientes, posibilidades de viajar, estudiar, pero a las mujeres de aquí, allí y más allá, nos falta estar en cargos de poder, entonces verdaderamente todas y todos tendríamos relaciones equitativas.

Cada día la pobreza tiene rostro de mujer, la inmigración también. Bueno, estoy muy seria. En conclusión, en Colombia el panorama nos pone en otra realidad, los jóvenes siguen creyendo en que aquel conflicto enmarañado se terminará y aportan soluciones desde las asociaciones; los de aquí son afortunados, encontraron su país en la democracia, sus preocupaciones pueden ser más universales.

El calendario nos ubica nuevamente en julio; hace un año que conozco a Alba Lucía, ha sido un año intenso de abrir mi corazón para albergar otras personas, otras historias que conozco por medio de ella. El próximo jueves será su cumpleaños. Le pregunto entusiasmada: "¿qué nos vas a ofrecer? " Alba se apresura a decir que no está acostumbrada a ofrecer, ni invitar el día de su cumpleaños, allí eres el homenajeadado, tú no pagas; pero mi abuelita decía: "donde fueres has lo que vieres". He ahorrado y lo celebraremos.



El próximo cumple quiero pasarlo en Colombia. ¿Te animas a venir conmigo? Mi gente te encantará, son cálidos, hospitalarios, abren sus casas con tan solo unas cuantas historias bien contadas del lugar del que tu procedas, eres su amiga en 10 minutos. Si vas a zonas pobres del campo, compartirán su escasez contigo, te verás siempre rodeada de niños y niñas, y las mujeres prepararán para ti sus mejores platos; ellas te explicarán cómo prepararlos, ellos cómo cultivarlos. Iríamos a Cali, - me dice -.

Se levanta como un resorte y comienza a cantar y bailar moviendo las caderas con un contoneo que invita a seguirla.

Esta es mi tierra bonita,
mi tierra preciosa, mi Valle del Cauca,
al centro Tulúa, Buga que es miel,
al norte Cartago y Obando,
Buenaventura en el mar,
Serca a Palmira, Florida, Amaime y Cerrito,
como un pueblo andaluz,
Pradera junto a Candelaria, Ginebra,
Sevilla, el Dovio y Zarzal...

Por Yumbo se mete uno a Vijes...

Y entrando al sur por Jamundí,
Valle del Lili dominando el Plan.
¡Ay mi Caliiiiii!
Y quedo oliendo a café,
quedo sabiendo a guarapo,
el fruto sabor del caña,
y el río Cauca dejó la montaña.

Grupo Niche



- Cali es la Capital del Valle del Cauca, Ana, esto es solo un pedacito de Colombia. Podríamos ir a Bogotá y buscar el restaurante donde almuerzan los del cuartel de las feas de la novela de *Betty la fea*. ¡Qué exitazo!. Ir a Medellín y ver el metro, las esculturas de Botero y tomar cafecito caliente. Ir a Pereira y ver el Zoológico y el viaducto, una gran construcción de ingeniería. Ir a Popayán y que veas comunidades indígenas que conservan su propia lengua y costumbres. Ir al mar, al Pacífico o al Atlántico, tú decides. Ana, *poré*, aterrízame que me cogió la tarde para ir a limpiar a casa de la señora Isabel. Algún día te diré: " que me cogió la tarde para ir a la oficina ". Será luminosa, con adornos que abre traído de todos los lugares que visitaré y fotografías de la gente que se ha beneficiado de nuestros proyectos de cooperación.

Y tendré tiempo propio para mostrarle España a mi madre, sentarme con ella en Plaza Mayor a comer tortilla de patatas, claro que prefiero que Vicky nos invite a su salón tibio y acogedor a comer la que su madre preparó, ¿la recuerdas? Es aquella mujer mezcla de razón y magia. Tiempo para aprender de Loreto su gran capacidad de escucha y seguir compartiendo con ella el gusto por los colores; de Teresa, su dulzura, su capacidad de asombro. De Yolanda, su alegría, su empeño. De Sara, su calidez y sonrisa. De Pilar, su originalidad y disponibilidad. De Juana, Felisa, Lola, Loreto, Eva, Estrella, Raquel, María Luisa, Rosa, Silvia y Triny su preocupación por las mujeres.

Me seguiré construyendo como un puzzle, aprendiendo de la solidaridad del padre Enrique, la señora Mercedes.

Español@s tod@s, compañer@s tod@s.

Y de ti Ana, como de Luz y Sandra, llevarlas siempre conmigo, que queden en mi piel y pueda confiar y comprometerme como vosotras. ¿Cómo te suena el vosotras con este acento Colombiano? Vendrá mi familia y verá esto, vendrá mi hermano con su compañera y anhelo que reconozcan y sepan buscar las oportunidades que hay aquí para ellos y sus hijos. Vendrán mis sobrinos y disfrutarán de la tranquilidad de pasear sin miedo, tendré sus manos rodeando mi cuello, comerán chuches impensables en Cali y fresas inalcanzables por el precio. Me regocijaré con el encuentro siempre grato de compatriotas que también viven bajo este mismo cielo azul de Madrid, o en cualquier rincón de la península o en las islas; seguiré inventando cualquier disculpa para reunirme con Ángela, Jorge, Gustavo, Danery, Leyla, Beatriz y muchos más, a comer frijoles y plátanos fritos. Vendrá René, aquel amor del que nunca te hablé pero sospechabas su existencia, en muchas ocasiones pensé contarte de nosotros ,pero temí que pensaras que eso significaba para ti contarme tus amores y desamores y para una española su vida privada es



su vida privada. Ahora te lo digo como parte de mis sueños de futuro. Construiré con él, tendré hijas con nombres de diosas Nerea, Diana, Ixchell, Sué,... sí, se llamará Sué, definitivamente es la que más me gusta.

Presenciaré la llegada imparable de hombres y mujeres buscando nuevas fronteras y la mirada atrás de los españoles que también fueron inmigrantes. Continuaré yendo por las calles buscando rostros que me sonrían y los encontraré, estoy segura de ello, y podré sentir y decir alto:

Alba

Lucía

Libre



7. Carta al profesor



Estimado profesor:

Desde hace tiempo me ronda la extraña sensación de tener una conversación pendiente con usted. Una conversación sobre el final de un libro que no terminamos de escribir. Imagino su expresión ante lo extraño de esta idea (que también a mí me sorprende), pero piense que el día en que, en su despacho, comenzamos a nombrar con palabras el sentido de la migración, usted y yo contrajimos una deuda con las personas que nos ayudaron a reconocernos en este viaje. A hora usted está lejos. Ni siquiera conozco la dirección de correo donde puedo enviarle estas cuartillas.

Profesor, cuando le vi alejarse y acumular sus cosas, que difícilmente cabían en el maletero de su viejo coche, no quise ver que se trataba de una verdadera despedida. Al atardecer del día siguiente, subí a su despacho, abrí la puerta y un joven profesor, sentado en su mesa, me recibió con sorpresa. Y a sabe, uno de estos nuevos docentes pragmáticos, preocupados por hacer de nosotros profesionales eficientes y preparados para competir en el mercado. Y no le digo que no sea agradable, que lo es, e intenta poner el máximo interés en la preparación de sus clases. Pero me desconcierta tanta seguridad y tan poca capacidad para cuestionarse lo que está pasando. Odio decir esto, pero le echo de menos y, si quiere que sea realmente sincera, me enfada el no poder seguir reflexionando con usted. Detrás de cada historia, de cada noticia, de cada decisión política van surgiendo nuevas preguntas. Preguntas que llevan a otras y a otras más. Profesor, usted me enseñó a pensar. Me enseñó a leer, a observar ... Con usted aprendí a cuestionarme la realidad de un mundo que hasta entonces asumía como inamovible, regido por el pensamiento único. El problema está ahora en averiguar cómo seguir y actuar. El encuentro con Said, Hu, Karima, Cristina, Alba... la toma de conciencia de lo que realmente está sucediendo en una sociedad que condena a las personas a la ilegalidad, me hace posicionarme, porque no podemos ser indiferentes a lo que les ocurre a los seres humanos. Tal y como usted me dijo un día, cada uno de nosotros debemos tomar las riendas de nuestro destino y comprometernos con



el mundo en el que vivimos. Profesor, usted no sólo me enseñó a pensar, sino que con su marcha me demostró que es necesario actuar y luchar por lo que creemos.

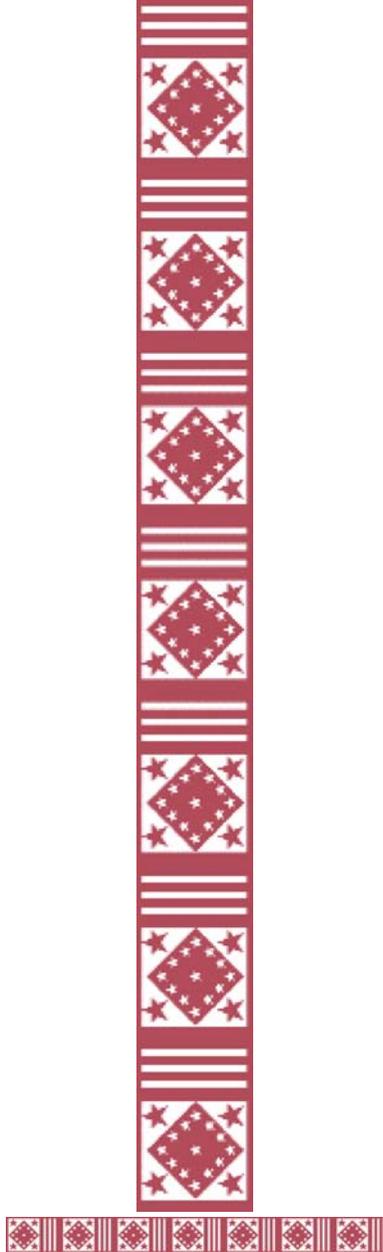
Estas cuartillas son el resultado del trabajo de estos meses. Creo que es un trabajo sencillo. He intentado reproducir las conversaciones del despacho, escribir los recuerdos de los últimos tiempos en Alemania y la memoria de mi familia. Encontrará las historias que me contaron los jóvenes que vinieron a España. Estas pocas cuartillas, que comenzaron como un ejercicio de clase, hoy son, para mí, el mapa que me lleva al encuentro de aquellos que, como yo, vinieron de lejos para formar parte de este país.

Si el azar, algún día, le lleva estos pensamientos, recuerde que el final de este libro aún no está escrito.

Profesor, esté donde esté, gracias.

A na





ACLARANDO CONCEPTOS



Cuando Ana le pregunta al profesor cuántos inmigrantes hay en España. (Pág. 42)

Datos sobre la presencia de ciudadanos extranjeros en España. Suelen darse cifras globales que incluyen tanto a los ciudadanos de régimen comunitario como a los sometidos a la normativa de extranjería. Los últimos datos consolidados, el 31 de Diciembre de 2000, hablan de un total de 895.720 residentes, de los que 419.874 pertenecen al régimen comunitario (bien por ser originarios de países de la UE o del EEE (Espacio Económico Europeo), o por encontrarse en alguno de los supuestos de expedición de tarjeta de residente comunitario) y 475.846 están acogidos al régimen de extranjería.

Cuando el profesor le explica que es difícil regularizar la situación. (Pág. 50)

Con la nueva normativa en materia de extranjería, LO 4/2000 reformada por la LO 8/2000 y su reglamento de desarrollo RD 864/2001, las posibilidades de regularización para personas que se encuentran ya en España son básicamente dos: personas que sí tuvieron permiso pero que lo perdieron al no poder renovarlo y se han pasado dos años en situación irregular. Y los supuestos de arraigo para los que acrediten una permanencia continuada en España de cinco años, sin permiso de residencia, o de tres, si en este último caso concurre una situación excepcional y acreditada de arraigo (incorporación al mercado de trabajo y vínculos familiares con residentes extranjeros o españoles).

También con el profesor, antes de empezar el diálogo con Karima, cuando hablen de los derechos fundamentales protegidos por tratamientos internacionales. (Pág. 56)

En España rige la doctrina de la configuración legal de derechos, marcada principalmente por la Sentencia del Tribunal Constitucional 115/87, a raíz de un recurso de inconstitucionalidad interpuesto contra la LO 7/85, la primera ley de extranjería. Sentencia que establece que hay derechos que pueden ser disfrutados por españoles y extranjeros, sea cual sea la situación administrativa de éstos; derechos que solo pueden ejercer los españoles y los extranjeros con permiso; y derechos que se reservan a los españoles. Así, por ejemplo, en la LO 8/2000 los derechos de asociación, reunión, manifestación, sindicación, huelga, a pesar de estar incluidos en tratados y convenios internacionales ratificados por España, no pueden ser ejercidos por extranjeros en situación administrativa irregular. En este sentido, respecto al derecho de sindicación, la Organización

Internacional del Trabajo, ha recomendado al Gobierno español que adapte su normativa interna al contenido del convenio sobre libertad sindical de la OIT, que no establece ninguna restricción para el ejercicio de este derecho para los trabajadores irregulares, trabajadores de hecho.

Ya con Karima, cuando habla de que no pudo acceder a un permiso de régimen general y menciona lo de la bailarina de vientre. (Pág. 67)

En la actual normativa de extranjería, para que se conceda un permiso de trabajo y residencia, se tienen en cuenta dos elementos fundamentales: primero, que la oferta de trabajo haya sido gestionada por los Servicios Públicos de Empleo, sin que se haya encontrado ningún trabajador dispuesto a cubrirla. En caso de ser así, se expide un certificado de gestión negativa de la oferta. Con este certificado, el empresario, puesto que es él quien presenta la solicitud y no el trabajador extranjero, podrá solicitar el permiso. Pero entra entonces en juego el segundo elemento, que es la situación nacional de empleo, un concepto jurídico abstracto y que, en suma, permite denegar una solicitud por el hecho de que en todo el territorio español figuren demandantes de empleo para esa actividad. Por eso Karima bromea con lo de la bailarina del vientre.

En cuanto al contingente, del que habla Karima cuando dice que sólo podría haber trabajado en agricultura, en construcción o en servicio doméstico, es un sistema de regulación de flujos que en la anterior normativa identificaba los sectores en los que hacían falta trabajadores (y que eran principalmente estos tres) y que permitía la regularización de quienes ya estaban aquí a través de este método, pero con el inconveniente de que tenían que volver a su país de origen a recoger el visado.

Historia de Cristín. (Pág. 88)

Cristín dice en su historia que estuvo en situación irregular. Es probable que Cristín llegara a España con un visado de turista que le permitiera estar en España durante tres meses, gracias a una carta de invitación de las personas que fueron a recogerla. Pero este tipo de visado no habilita para trabajar. Por otra parte, las condiciones de vida de Cristín son las típicas de quienes trabajan en servicio doméstico de manera irregular, y más si están internas. El miedo a salir al exterior, por si la policía las detecta, se une a las condiciones de este trabajo, una relación laboral especial cuyos derechos y protección social es inferior a la que disfrutaban el resto de trabajadores.



Historia de Cristín cuando, después de morir el señor, la trabajadora social le dice que no puede hacer nada porque es irregular. (Pág. 91)

En la nueva normativa de extranjería, LO 4/2000 reformada por la LO 8/2000, se señala, respecto al acceso de los extranjeros en situación irregular, que éstos tienen derecho a los servicios y prestaciones sociales básicas. La ausencia de una normativa estatal de servicios sociales que armonice las prestaciones y servicios de las Comunidades Autónomas (es una competencia transferida), impide predeterminar qué servicios y prestaciones reúnen el carácter de básicos. La práctica generalizada en las comunidades autónomas es establecer como requisitos, para el acceso a prestaciones, la residencia legal, durante un periodo de tiempo determinado.

En la historia de Said, cuando le preguntan si conoce la Ley de Extranjería. (Pág. 94)

Encontrarse irregularmente en España, por no haber obtenido o tener caducado el documento que autorice a permanecer sin haber solicitado la renovación, y encontrarse trabajando irregularmente sin haber obtenido permiso de trabajo, son dos supuestos que se encuentran incluidos entre las infracciones graves en materia de extranjería. Y en ambos supuestos puede optarse por aplicar como sanción, en lugar de la multa (50.001 hasta 1.000.000 de pesetas), la expulsión del territorio, con la correspondiente prohibición de entrada por un periodo de entre tres y diez años. Esto le podría haber pasado a Said y esta prohibición de entrada sería anotada en el sistema informático Schengen, para que fuera válida también para el resto de los países de la Unión.

En la historia de Trywell, cuando el dice que es español. (Pág. 112)

La nacionalidad española por residencia (residencia en situación administrativa regular) se obtiene a los diez años; a los cinco para los que hayan obtenido asilo o refugio; o a los dos años cuando se trate de nacionales iberoamericanos, Andorra, Filipinas, Guinea Ecuatorial, Portugal o Sefardíes. Será necesario sólo un año, por ejemplo, para el que, al tiempo de la solicitud, llevara un año casado con español o española. Trywell podría haber conseguido la nacionalidad, tanto por la residencia de diez años como por su matrimonio con María.

BIBLIOGRAFÍA

Aparicio, Rosa. Tornos, Andres. **La inmigración y la economía española**. Instituto de Migraciones y servicios sociales. Madrid 2000

Colectivo IOE. **Inmigración y trabajo**. Instituto de Migraciones y servicios sociales. Madrid 2000

Colectivo IOE. **Inmigrantes. Trabajadores y ciudadanos**. Ed. Universitat de Valencia. Valencia 1999

Nair, Sami. **La Inmigración explicada a mi hija**. Ed. Plaza y Janes. Barcelona 2001.

Nair, Sami. **Las heridas abiertas**. Ed. El país Aguilar. Madrid 1998

Nair, Sami y de Lucas, Javier. **Inmigrantes. El desplazamiento en el mundo**. Ed Instituto de Migraciones y Servicios Sociales. Ministerio de trabajo y Asuntos Sociales. Madrid 1988

Pajares, Miguel. **Inmigración y ciudadanía Europea**. Instituto de Migraciones y servicios sociales. Madrid 2000

Pajares, Miguel. **La inmigración en España**. Ed. ICARIA. Madrid. 1998

Ramírez, Angeles. **Migraciones, género e Islam**. Ediciones Mundo Arabe e Islam. Madrid 1988

Díez Nicolás, Juan. Ramírez.Lafita, María José. **La voz de los inmigrantes**. Instituto de Migraciones y servicios sociales. Madrid 2001

Álvarez, Dorronso. **Diversidad cultural y conflicto nacional**. Talasa Ediciones. Madrid 1993

Mernissi, Fátima. **El poder olvidado**. Icaria. Barcelona.

Mernissi, Fátima. **El Haren político**. Ediciones de oriente y del mediterráneo. Madrid 1999.

VV.AA. **Los derechos Humanos camino hacia la paz**. Seminario investigaciones por la paz. Aragón 1997

Ramírez Goicochea, Eugenia. **Inmigrantes en España: vidas y experiencias**. Centro de investigaciones sociológicas. Madrid 1996

Tornos, Andrés y Rodríguez, Eugenia. **Derechos culturales y derechos humanos de los inmigrantes**. Ed. Universidad Pontificia Comillas. Madrid. 2000

Esteva, Jordi. **Mil y una voces**. Ed. Santillana. Madrid 1998

Mernisi, Fatima. **El miedo a la modernidad**. Ediciones de oriente y del mediterráneo. Madrid 1992

Hobsbawm, Eric. **Entrevista sobre el siglo XXI**. Editorial crítica. Barcelona 2000

Hobsbawm, Eric. **Historia del siglo XX**. Ed. Critica. Barcelona 1991

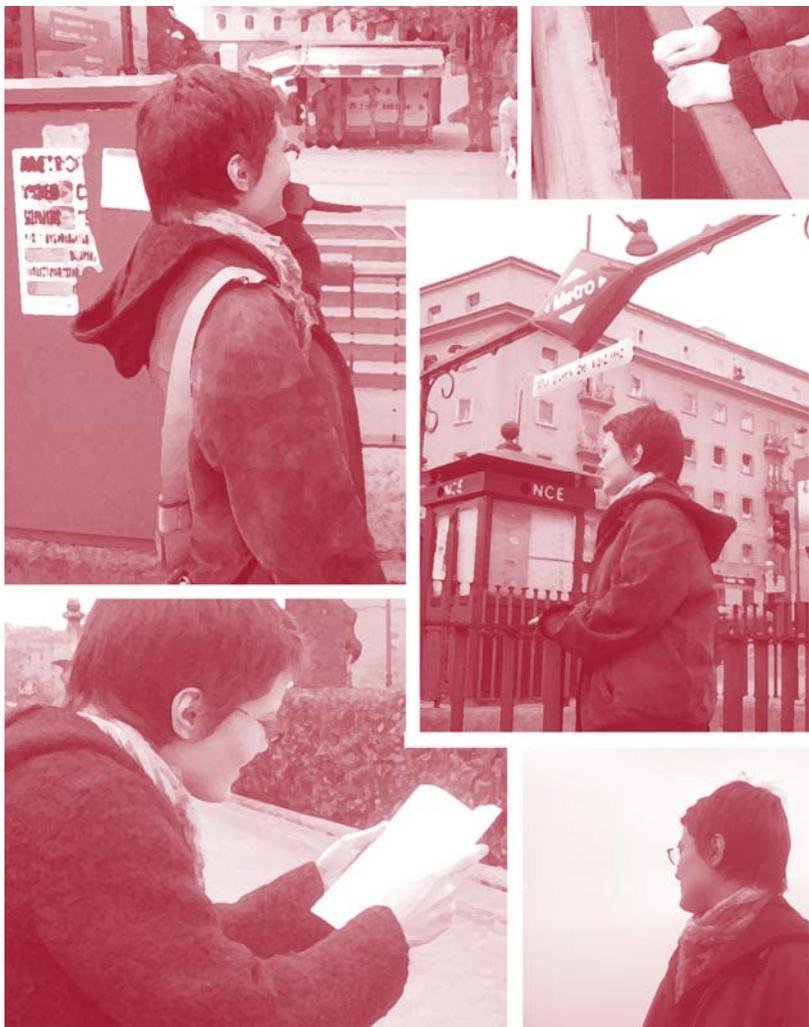
Checa, Francisco. **Africanos en la otra orilla**. Icaria. Barcelona 1998

Izquierdo, Antonio. **La inmigración inesperada**. Ed. Trotta. Madrid 1996

Contreras, Jesús. **Los retos de la inmigración. Racismo y Pluriculturalismo**. Talasa Ediciones, 1994

Lamo de Espinosa, Emilio. **Culturas, Estados, ciudadanos**. Alianza Editorial, 1995

Leguina, Joaquín. **“La inmigración”**. Artículo presentado en el seminario *Inmigración, Cultura y Sociedad* Organizado por la Universidad Carlos III de Madrid. 2001



AGRADECIMIENTOS

